

HISTORIA

TODO ES

La revista de cinco décadas



HISTORIA

TODO ES

La revista de cinco décadas

**Julio 2019 - Marzo 2020
Sala Leopoldo Lugones**

Biblioteca Nacional Mariano Moreno (Argentina)

Todo es Historia: la revista de cinco décadas; contribuciones de Martha Rodríguez ... [et al.]. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Biblioteca Nacional, 2019.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-728-113-2

1. Historia argentina. I. Rodríguez, Martha, colaboradora.

CDD 982

7 La revista de cinco décadas

Florencia Ubertalli

11 Los historiadores y la divulgación de su saber.

Un vínculo con avatares

Martha Rodríguez

15 Félix Luna, historiador

Omar Acha

21 Félix Luna y la revista *Todo es Historia*. Una experiencia historiográfica en un contexto dictatorial (1967-1973)

José María Lezcano

27 Archivo gráfico de *Todo es Historia*: los documentos que ilustraron sus páginas

Georgina Ferrara y Daniela Rodríguez

35 Entrevista a Felicitas Luna y María Sáenz Quesada





La revista de cinco décadas

Por Florencia Ubertalli*

Fue en el invierno de 1959. Félix Luna vivía entonces en Berna como Consejero de la Embajada del gobierno de Frondizi. Mientras daba uno de sus acostumbrados paseos por la ciudad, se encontró con la revista *Miroir de l'Histoire*, una publicación francesa de historia que apuntaba a un público no especializado. “En ese instante tuve la idea de hacer, algún día, algo semejante en mi país”, contaba Luna. Recién siete años después y en pleno gobierno de facto del general Onganía, se aventuró a darle forma a una versión criolla. *Todo es Historia* (TH) no solo ha sido paladina en política de divulgación histórica, sino que ha sobrevivido más de cinco décadas en los quioscos de nuestro país. El fondo documental que supo producir durante su larga trayectoria es hoy parte del Departamento de Archivos de la Biblioteca Nacional y resulta un aporte más que significativo para reconstruir su largo derrotero.

La aparición de TH en el marco de la persecución política ejercida por lo que se conoce como “onganiato” no fue mera casualidad. El historiador José María Lezcano señala que “la labor historiográfica es concebida en ese contexto como una actividad que colmaría las aspiraciones

inconclusas en otro campo, en este caso el de la política, que por esos años se presenta como un espacio restringido en lo que respecta a los canales partidarios”. El propio Luna se refirió a la disciplina histórica en contadas entrevistas como una suerte de “cauce” para las preocupaciones políticas de la población en contextos dictatoriales. El auge innegable de la curiosidad histórica que caracterizó ese momento confirma en cierta medida estas especulaciones. Durante la década del sesenta fueron varios los títulos sobre historia nacional que se volvieron *best sellers*. Autores como José Luis Busaniche y José María Rosa escalaron a los primeros puestos de ventas de libros. Sin lugar a dudas, el campo de la historia, como el de la cultura en general, se volvió uno de los escenarios principales en el que se dirimían buena parte de los debates y controversias que atravesaban la política argentina de ese entonces.

Por otro lado, hacia la década del treinta, el denominado “revisionismo histórico” se propuso poner en discusión el panteón liberal y el grueso de las dicotomías delineadas por los padres argentinos de la disciplina, desde Mitre hasta Levene, que en líneas generales asociaban a los

* Historiadora. Investigadora de la Biblioteca Nacional.



Félix Luna en la conmemoración por el 33° aniversario de la revista, Biblioteca Nacional, Buenos Aires, mayo de 2000.
 María Sáenz Quesada, Félix Luna y Felicitas Luna en la Feria del Libro, Buenos Aires, 1999.

caudillos federales con el atraso y la barbarie y a Rosas, en particular, con el autoritarismo. Como señala el historiador Omar Acha, dentro del gran conjunto del revisionismo convivieron distintas tradiciones, como la de FORJA que cobró vigor durante esos años a la luz de la crisis del modelo agroexportador. Uno de los núcleos centrales de esa inversión giró en torno a la otrora denostada figura de Rosas. En contraposición al imaginario antirrosista de la historia liberal, que lo había asociado con el autoritarismo y la brutalidad, una parte del revisionismo lo convirtió en un ícono en materia de defensa de los derechos nacionales y, en algunos casos, del orden. En ese sentido, la persecución y proscripción sufrida por el peronismo luego del golpe de 1955 contribuyó a la reaparición de un renovado revisionismo. En este caso estableció cierta línea de continuidad entre Rosas, los caudillos federales y Perón, ubicándolos nuevamente del lado de la defensa de la soberanía nacional y, elemento no menor, del lado de los sectores populares.

Además de venir a dar respuesta a una demanda casi explícita de discursos en torno a nuestra historia, Félix Luna enfatizó en varias ocasiones sus deseos de superar las “lecturas dicotómicas”, incorporando puntos de vista y temáticas propias de las diferentes corrientes historiográficas que coexistían para nada pacíficamente en ese entonces. La vocación contemporizadora de la revista refleja en buena parte la propia idiosincrasia de su director. De raigambre radical y activo partícipe de la experiencia frondizista, Luna mantuvo coherentemente y hasta el fin de sus días la preocupación casi obsesiva

por encontrar “puntos de unión” y consenso entre los argentinos. Si de revisionismo hablamos, Luna tomará parte de ese legado federalista sin por eso desmarcarse completamente del relato liberal que enalteció a Buenos Aires como puntal del “progreso”, constituyendo un discurso, en palabras de Acha, “encaminado hacia la conciliación de las partes”. Esa vocación integradora de la diferencia se expresó sin dudas en su proyecto editorial. Casi podemos afirmar que solo Luna podría haber llevado a cabo una revista como lo fue *TH*, expresión palmaria de sus propias convicciones como historiador, y como militante. Ciertamente, la revista convocó, sobre todo en sus primeros años, a intelectuales muchas veces en las antípodas del pensamiento. El periodista Osvaldo Bayer publicó en la revista las primeras aproximaciones a lo que luego constituyó su célebre libro *La Patagonia rebelde*. Incluso Rodolfo Walsh tuvo una participación en agosto de 1967 con su artículo “Vida y muerte del último servicio secreto de Perón”. Estas firmas convivieron con las de autores como Horacio Sanguinetti, afín al radicalismo, con la del historiador y jesuita cordobés Guillermo Furlong y con las de algunos nombres importantes de la propia academia, entre otros, Roberto Etchepareborda, Hebe Clementi y Enrique de Gandía.

En relación con los colaboradores, muchas y muchos de ellos provenían del campo del periodismo o bien de las filas del público lector. Un ejemplo paradigmático de lector devenido colaborador lo constituyó Miguel Ángel Scenna, un médico bonaerense aficionado a la historia que contará con un número importante de textos publicados. Como

él, muchos otros colaboradores de distintas provincias del país se ocuparon de traer a colación temáticas históricas de sus propias regiones. Esta variedad regional y cantidad de colaboradores y colaboradoras es una de las características sobresalientes de la revista. No por una cuestión meramente cuantitativa sino, justamente, por ser el resultado tangible de determinado diagnóstico y concepción sobre el quehacer historiográfico argentino por parte de Luna y su equipo: por un lado, la necesidad de incorporar una visión lo más federal posible sobre la historia nacional, en contraste con el “porteñocentrismo” que había caracterizado a la “historia oficial” hasta ese entonces. Por otro lado, la disruptiva convicción de que la historia no tenía que ser necesariamente escrita por historiadores profesionales, sino que cualquiera podía hacer historia si respetaba determinadas reglas metodológicas. El mismo Luna no era historiador de carrera, sino abogado y periodista.

La supervivencia en el tiempo es otro gran punto sobresaliente de *TH*. Sin lugar a dudas, la revista representó una novedad editorial que incluso sorprendió a grandes figuras vinculadas al universo de las publicaciones periódicas, como el periodista Jacobo Timerman. La clave del éxito seguramente descansa en una diversidad de factores. En este sentido, el artículo de la historiadora Martha Rodríguez acerca de los avatares de la divulgación histórica en nuestro país aporta algunos elementos para pensarlo. Podemos arriesgar que la revista ocupó lugares estratégicos y sostuvo a un público permanente en contextos muy disímiles y por motivos sumamente diferentes. Es de destacar que a lo largo de las décadas Luna mantuvo un diálogo fluido y personal con los lectores y un interés permanente por “reclutar” nuevas voces. Sin lugar a dudas esto favoreció la llegada de la revista a los más recónditos lugares del país. Asimismo, no caben

dudas de que su éxito durante las décadas del sesenta y el setenta se vinculó estrechamente con el auge del interés por la historia nacional signado por una fuerte politización social y por la expansión de la matrícula universitaria. Muy diferente fue el período que abarcó la última dictadura militar. Durante esos años la revista supo aprovechar correctamente el vacío que las políticas censoras del gobierno de facto produjeron en el campo editorial. Algunos de los documentos de circulación interna que hoy forman parte del fondo documental explicitan ese sentido de la oportunidad que tuvo el equipo editor de ese entonces. La vuelta a la democracia y la normalización de la vida universitaria condujo, en palabras de Martha Rodríguez, “a un repliegue de los historiadores sobre su propio campo y a privilegiar la carrera académica y el diálogo con colegas”. La disciplina, entonces, se distanció de la esfera pública y la política, abandonando casi por completo la preocupación por la divulgación histórica. En ese sentido, los libros de Luna y la revista fueron de los pocos discursos históricos dirigidos a un público amplio. Finalmente, el fatídico año 2001 inauguró una nueva etapa en la que la historia adquirió nuevamente una potencia explicativa sobre el presente. Sin embargo, como sostiene Martha Rodríguez, “los historiadores, poco preparados para enfrentar el reto, tuvieron escaso eco en la opinión pública. Ese lugar lo ocuparon autores provenientes del periodismo, del ensayismo o la política que rápidamente se convirtieron en éxitos editoriales y mediáticos”. Nuevamente, la revista se presentaba como uno de los espacios más confiables a la hora de buscar contenidos accesibles para un público no versado. En este sentido, se impone otra incógnita más apremiante: lo que desconcierta ya no es el éxito de *TH*, sino la ausencia de otros proyectos similares. Afortunadamente, el panorama ha cambiado mucho los últimos años y las formas y



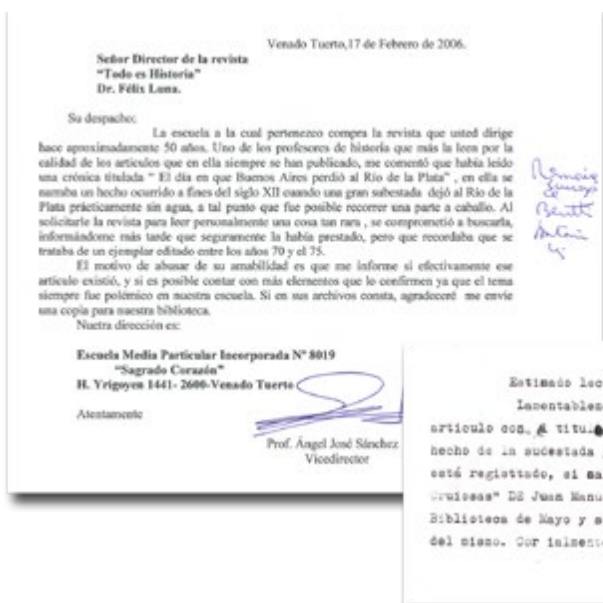
el discurso histórico se han diversificado y ampliado, aunque no siempre con el debido estímulo de las propias instituciones académicas.

Del mismo modo, la selección de temas “con gancho” o llamativos y la dedicada búsqueda y selección de imágenes vistosas e interesantes se destacaron en un momento en el que el uso de estos recursos ya era habitual en el campo del periodismo, pero nada frecuente en el de la historia. La relevancia de la imagen, que lejos de “ilustrar” en muchos casos completaba el sentido mismo del texto, fue seguramente un punto importante de su atractivo. De ese carácter innovador da cuenta, entre otras cosas, el artículo sobre el fondo documental de la revista redactado por las archivistas de la Biblioteca Nacional Daniela Rodríguez y Georgina Ferrara. En él describen la naturaleza del grueso de esos documentos y destacan la importancia de la preservación y la consulta de ese tipo de archivos, en una era signada por la virtualidad y la destrucción permanente de documentos producidos por las instituciones y los emprendimientos editoriales.

Pero al margen del milagro editorial que implica su longevidad, existen otros méritos más vinculados a la renovación que aportó dentro del propio ámbito historiográfico. Desde el primer momento, la revista fue paladina en instalar determinados enfoques o temáticas culturales al mundo de “lo histórico”, en un momento en que, por lo menos en Argentina, la historia era sinónimo de historia política. *Todo es Historia* también propuso varias líneas de investigación que podríamos incluir dentro del campo de la historia social pero que, para ese entonces, eran poco o nada transitadas. La historia de las mujeres

comprendida en los estudios de género ha sido una de ellas. De la mano de investigadoras como Mabel Bellucci y Araceli Bellotta, la revista supo tener incluso una sección destinada especialmente a esta perspectiva. Se preocupó, además, por rescatar nombres propios del olvido y por iluminar acontecimientos y subjetividades bastante poco visibilizadas por los estudios históricos nacionales hasta ese entonces: las comunidades inmigrantes, la cultura afro en nuestro país, etc. En definitiva, se trataba de pensar “lo nacional” incorporando muchas de las expresiones y subjetividades que hasta ese momento habían sido relegadas al concierto de lo invisible. Por último, la propia noción de historia fue puesta en cuestión en la medida en que se le dio tratamiento histórico a muchos acontecimientos y temas considerados de “actualidad”. En algunos casos, por la mera cercanía al tiempo presente, en otros, por la significación que cobraban a la luz de nuevos acontecimientos. Ejemplos de esto último lo constituyen el haber abordado el problema de la tortura en la historia argentina en plena decadencia de la última dictadura militar o repensar la figura de Mugica y de los primeros movimientos piqueteros hacia fines de la década del noventa.

Es natural que resulte difícil sintetizar una trayectoria tan vasta en unas pocas palabras e incluso en algunas imágenes, pero vale la pena intentarlo. Este catálogo y la exposición que viene a complementar son un intento, entre muchos otros, de acercamiento a una verdadera proeza editorial que todavía hoy tiene mucho para decir sobre nuestra propia historia.





Los historiadores y la divulgación de su saber. Un vínculo con avatares

Por Martha Rodríguez*

“Tengo la impresión de que a muchos historiadores profesionales, gente que solo concibe esta faena en el silencio de su taller o en el misterio de los archivos, la divulgación de la historia puede resultarles un quehacer menor [...]. Yo tengo la convicción de que difundir la historia en la máxima medida posible no solamente es respetable sino que de algún modo es una obligación de nuestros profesionales.”

Félix Luna, 1993

La cita es parte del discurso pronunciado por Félix Luna al incorporarse como miembro de número a la Academia Nacional de la Historia en 1993. Tenía entonces 68 años, casi cuatro décadas escribiendo sobre historia argentina en variados formatos —ensayos, ficción, cancioneros, reportajes, biografías— y veintiocho años dirigiendo la revista *Todo es Historia*. Su alocución estuvo dedicada al mismo tema que guió buena parte de su labor profesional: difundir el conocimiento histórico de forma accesible para el gran público, o dicho de otro modo, a la divulgación histórica.

En la actualidad es frecuente escuchar que historiadores de distintas extracciones generacionales, institucionales e ideológicas destaquen la importancia de la divulgación, pero en aquel momento su defensa enfática contrastaba con el escaso interés que despertaba entre los historiadores profesionales.

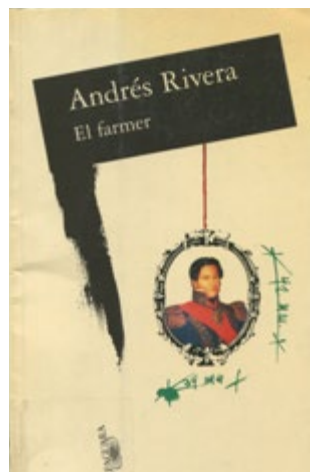
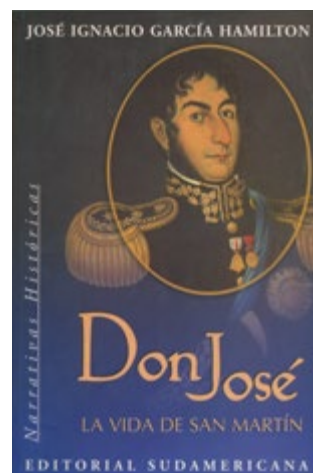
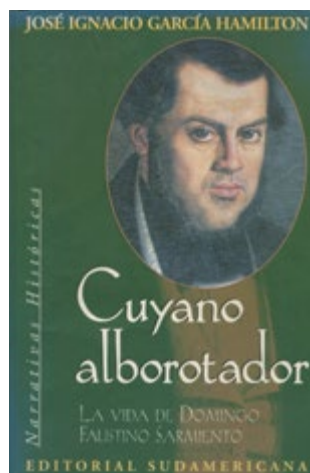
* Historiadora. Docente de la UBA e investigadora del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani UBA-Conicet.

Las razones de esta actitud hay que buscarlas en las formas que adquirió la profesión luego de la última dictadura. La reconfiguración del campo historiográfico luego de 1983 se caracterizó por un fuerte cuestionamiento a la politización de la práctica historiográfica, frecuente en las décadas anteriores. El objetivo era reconstruir la profesión sobre bases científicas, lo que implicó la adopción de una serie de pautas de trabajo rigurosas en consonancia con estándares internacionales, una creciente especialización del repertorio temático, una ampliación del territorio del historiador, un refinamiento del instrumental metodológico y, especialmente, una aspiración de distancia crítica con el objeto de estudio.

Así, la reprofesionalización de la disciplina, asentada en la normalización de las universidades, la reconstrucción del sistema científico y la estabilidad institucional, condujo a un repliegue de los historiadores sobre su propio campo y a privilegiar la carrera académica y el diálogo con colegas. Salvo aisladas excepciones, sus preocupaciones se concentraron más en la validación de las prácticas vinculadas con la producción de conocimiento que en la potencial utilidad social de ese conocimiento producido. Por ende, la difusión del conocimiento por fuera de la academia se convirtió en una tarea menor, mucho menos redituable en términos académicos que escribir para los pares.

Por otro lado, la percepción de numerosos historiadores era que el gran público carecía de interés por la historia, por lo que cualquier esfuerzo en ese sentido era considerado vano, cuando no una pérdida de tiempo. Así lo manifestaba Tulio Halperín Donghi, referencia historiográfica ineludible, en una entrevista que le hicieran en el año 2008:

Y una de las cosas que caracteriza al historiador es que tiene que darse cuenta de que, a pesar de que entra en el pasado a partir del presente, el pasado no es el presente. Eso es básico. Pero la opinión de la gente es que si el pasado no es el presente entonces no le interesa [...]. No hay ninguna razón para que la gente compre libros de historia [...]. Por mi parte, debo decir que me parece que es un poco una pérdida de tiempo...



Sin embargo, este diagnóstico es por lo menos parcial. El desinterés del gran público se extendía a los productos y formatos historiográficos que proliferaban entre los profesionales —poco aptos para una lectura no formada en los cánones académicos—, no a las obras de argumento histórico en general. Esto se tradujo en una creciente desconexión entre el mundo académico y el afuera, pero al mismo tiempo en un relativo éxito de obras como la novela *Soy Roca*, publicada por Félix Luna a fines de la década de 1980, o las escritas por María Esther de Miguel, Andrés Rivera o Ignacio García Hamilton en las décadas siguientes, e incluso en la popularidad y difusión alcanzada por una revista como *TH*.

Este interés por la materia se va a potenciar luego de la crisis de 2001. Esta generó avidez por hacer inteligible la situación y encontrar respuestas a esa encrucijada interpelando a la historia. Pero los historiadores, poco preparados para enfrentar el reto, tuvieron escaso eco en la opinión pública. Ese lugar lo ocuparon autores provenientes del periodismo, del ensayismo o la política que rápidamente se convirtieron en éxitos editoriales y mediáticos. Los argumentos de estos *best sellers* con frecuencia se organizaron en torno a una visión maniquea de la historia argentina que juzga y pontifica sobre personajes y acontecimientos, al tiempo que elude una

explicación integral de los complejos fenómenos históricos por los que atravesó nuestra sociedad.

Este espacio abierto a la divulgación, del que el mundo académico se mantuvo a distancia y con el que frecuentemente polemizó, ahondó la sensación de desinterés de los historiadores frente a las demandas sociales sobre su saber. Pero esto no siempre fue así.

La distancia no siempre caracterizó el vínculo entre la historiografía profesional y el gran público. Muy por el contrario, en las primeras décadas del siglo XX el surgimiento y consolidación de un campo profesional para la historia estuvo profundamente ligado a su capacidad de construir y difundir una identidad nacional. La importancia concedida por las elites estatales a la historia como disciplina y como materia escolar era directamente proporcional a las virtudes que advertían en ella como pedagogía cívica. El historiador funcionaba como arquitecto y divulgador de un relato sobre los orígenes de la nación en el cual todos pudieran reconocerse.

Interpelados en calidad de constructores y garantes de una memoria pública al servicio de la integración social, los historiadores respondieron a esa invocación con un fuerte compromiso pedagógico. El trabajo en pos de afirmar una historia erudita, científica y objetiva fue tan relevante para ellos como participar en la organización de una cultura histórica. Por eso, junto a las actividades estrictamente académicas desarrollaron otras que iban en ese sentido, como la organización de archivos históricos en todo el país, la redacción de una *Historia de la Nación Argentina*, la reglamentación de la enseñanza de la historia, la revisión de los libros de texto para el sistema educativo o la preservación del patrimonio histórico.

Tal como señalaba Ricardo Levene al inaugurar las sesiones del año 1941 en la Academia Nacional de la Historia, el desarrollo de todas esas empresas descansaba sobre la convicción de que la historia “robustece la conciencia colectiva y el culto alentador del pasado y de las individualidades ejemplares [...] eleva al hombre, abrumado por la civilización material, a la jerarquía del ciudadano que lucha por el ideal de la libertad. Según viven y sienten la historia los pueblos tienen el porvenir que se merecen...”.

Simultáneamente, por afuera del mundo profesional de los historiadores, a mediados de los años treinta el emergente movimiento revisionista dio muestras de una notable capacidad para intervenir en los debates públicos sobre el pasado nacional. Los revisionistas se lanzaron a la conquista del público con un proyecto de carácter político-cultural antes que académico. Esta empresa tuvo poco impacto en las instituciones académicas pero su promesa de revelar la “verdadera historia” oculta tras las



falsificaciones de la “historia oficial” promovida desde el Estado, le granjearon una amplia audiencia. La adopción de las interpretaciones revisionistas por parte del peronismo luego de su proscripción en 1955, le dio una masividad inusitada al movimiento. Sus estrategias editoriales de divulgación, basadas en autores y colecciones publicados en formatos, ediciones y precios accesibles, alcanzaron importantes cifras de ventas, contribuyendo a la difusión de sus ideas en las representaciones colectivas de amplias franjas de la población en las dos décadas siguientes.

La renovación que caracterizó a la disciplina histórica en el mundo académico desde fines de los años cincuenta, aunque en principio acotada a algunas universidades y grupos, tendió a fortalecer el diálogo con otras ciencias sociales —especialmente la economía, la demografía y la sociología— y el carácter científico de la historia, reduciendo su papel pedagógico y pragmático. Esta nueva concepción de la historia la alejaba de su carácter de usina de mecanismos identitarios y ponía en cuestión su contribución al desarrollo cívico de la nación.

Pero una historia más científica, más atenta a los procesos económico-sociales y más inclinada a la utilización de enfoques analíticos y modelos interpretativos macroestructurales, no podía sino restringir su público al universo profesional y sus espacios aledaños. El interés pedagógico cedió terreno frente al objetivo de profundizar

una nueva cientificidad y modernizar la disciplina según los nuevos cánones de las ciencias sociales.

Aun así, es necesario destacar el papel desempeñado por algunos emprendimientos editoriales cercanos a esta historiografía renovadora, como las colecciones El Pasado Argentino o Dimensiones Argentinas, dirigidas por Gregorio Weinberg en Solar Hachette, o las impulsadas por Boris Spivacow desde Eudeba o el Centro Editor de América Latina. En ellos, poner los libros al alcance de todos significaba fundamentalmente oficiar de mediadores entre el saber de los especialistas y el gran público. No fueron pocos los historiadores que encontraron en estos proyectos un modo de ganarse la vida y de seguir vinculados a actividades profesionales cuando se vieron impulsados a alejarse de las universidades tras el golpe de Estado de 1966.

Los quiebres institucionales y las dictaduras que asolaron a la Argentina y la región entre mediados de los años sesenta y principios de los ochenta alterarían radicalmente el campo científico y el mundo académico. La intervención de las universidades, el desmantelamiento de proyectos e institutos, el control ideológico, la persecución, la censura y el exilio truncaron los desarrollos historiográficos y los emprendimientos culturales renovadores.

A pesar de las características, enunciadas al comienzo, con que se reconfiguró el campo profesional luego de la transición democrática, en los últimos años un conjunto de circunstancias contribuyeron a reposicionar la divulgación histórica dentro de los intereses de la historiografía profesional. La mayor visibilidad pública de los discursos sobre el pasado, acicateada por los efectos de la crisis de 2001, los bicentenarios y su invitación a pensar acerca del presente y el futuro, y las políticas estatales relacionadas con la memoria del pasado reciente, impulsó a un conjunto de historiadores a revalorizar las virtudes de la intervención en el espacio público.

Coadyuvó a este proceso la creciente insatisfacción frente

a uno de los resultados del repliegue de la profesión sobre sí misma, el divorcio del gran público, y sin duda, la convicción en algunos ámbitos de la necesidad de recuperar la capacidad orientadora de la historia. Finalmente, también comenzó a abrirse paso una visión menos omnipotente sobre la historia, que reconoce la polifonía de voces que hablan sobre el pasado y la pluralidad constitutiva de la cultura histórica, en la que sedimentan visiones de aquél producidas por diversos agentes como la escuela, los medios de comunicación masiva, los museos, el patrimonio, las empresas editoriales y multimediales.

En esas elaboraciones que hacen las sociedades de su experiencia histórica, los relatos historiográficos carecen de exclusividad alguna.

La apertura del mercado laboral para el desarrollo de actividades ligadas a la divulgación histórica que amplían las tradicionales salidas profesionales vinculadas a la docencia y la investigación también estimuló a jóvenes generaciones de historiadores a valorizar esta faceta del trabajo historiográfico.

Pero tender puentes entre el mundo profesional y el gran público no es solo cuestión de voluntad y buenas intenciones. Involucra el manejo de un conjunto de conocimientos y habilidades para producir a un mismo

tiempo una historia entretenida y accesible pero sin resignar ni distorsionar la explicación de los procesos históricos en su complejidad y en su indeterminación.

Simplificar ideas complejas no es lo mismo que producir enunciados simples. Brindar explicaciones que hagan comprensible el mundo social a audiencias vastas exige un registro comunicativo distinto al de la comunicación científica pero el mismo rigor, profesionalismo y sustento en la prueba que la actividad académica. Hacer una divulgación histórica de calidad, que se apoye en un conocimiento exhaustivo, documentado e investigado, requiere de un aprendizaje del oficio que la propia academia debería fomentar. Los historiadores deberíamos aprender la manera de transmitir a todos los públicos la capacidad de la historia para estimular la reflexión crítica sobre la realidad y sobre los relatos que se construyen para explicarla.





Félix Luna, historiador

Por Omar Acha*

Un escritor riojano oriundo de Buenos Aires

Félix Luna Polledo nació en la Ciudad de Buenos Aires el 30 de septiembre de 1925. Su padre fue un dirigente de la Unión Cívica Radical, el riojano Carlos Luna Valdés, y su madre, la porteña María Luisa Adriana Polledo Llamas. Félix “Falucho” Luna se casó con la riojana Felisa de la Fuente Romero, con quien tuvo tres hijas. Luna fue un escritor polifacético: entre otros géneros, cultivó la narración en prosa, la poesía, el periodismo, el guión cinematográfico, la letra musical, el ensayo político y la escritura histórica. De familia católica por parte de madre, siguió estudios secundarios en el Colegio del Salvador, donde el erudito jesuita Guillermo Furlong hizo que se interesara por los sucesos del pasado. Estudió Derecho en la Universidad de Buenos Aires. De 1944 a 1946 aparecieron algunas notas de corte genealógico en la *Revista de la Junta de Historia y Letras de La Rioja*. Mientras cursaba en las aulas universitarias, en 1950 se publicó su primera investigación histórica dedicada

a la batalla del Pozo de Vargas, recogida décadas más tarde en *De comicios y entreveros*. Luna no siguió estudios historiográficos sistemáticos. En su formación convergieron la lectura de trabajos de historia política tradicional, como las *Historias* de Bartolomé Mitre y la *Historia de la Nación Argentina* dirigida por Ricardo Levene, con una extensa cultura literaria, sobre todo argentina y española. Sin embargo, es necesario aclarar que esos antecedentes son insuficientes para explicar su estilo histórico.

Luna tuvo un paso intermitente por la política. En 1951, año en que se graduó de abogado, lo detuvieron y encarcelaron por su activismo estudiantil en el marco de una huelga ferroviaria. Fue toda su vida un simpatizante del radicalismo, en el inicio yrigoyenista y luego frondizista. Ejerció cargos públicos secundarios de 1956 a 1962 y de 1986 a 1989. Una vez agotada la experiencia frondizista, en 1962, se lanzó con decisión a la escritura histórica.

* Historiador. Docente e investigador de la Universidad de Buenos Aires.



Félix Luna habla en el Club del Progreso en el homenaje a los 35 años de la revista. A su lado, la vicedirectora María Sáenz Quesada. Buenos Aires, 20 de mayo de 2002. Gentileza de Felicitas Luna.

Con obras como *Los caudillos* (1966) y *El 45. Crónica de un año decisivo* (1969), y con la dirección de la revista de divulgación *Todo es Historia* desde 1967, Luna se constituyó en la encarnación argentina del historiador masivo, solo comparable en la época con el José María Rosa de la *Historia argentina*. El éxito editorial de un libro de síntesis, *Argentina. De Perón a Lanusse* (1973), confirmó su popularidad, inseparable de la repercusión de sus trabajos como letrista, especialmente para la música de Ariel Ramírez.

La publicación de la trilogía sobre el primer peronismo, *Perón y su tiempo*, consolidó durante la inmediata posdictadura el lugar central que ocupó en la alta divulgación histórica. Pero fue con la autobiografía ficcional *Soy Roca*, de 1989, que se

consagró en las librerías y en el mundo cultural argentino. La referida ductilidad intelectual de Luna le permitió transitar entre registros literarios de diversa naturaleza. Y si bien la historia constituyó el espacio en que plasmó sus trabajos más prolongados y tal vez más significativos, para él no había un abismo con sus otras producciones. Seguramente un estudio profundo debería recorrer los vasos comunicantes entre sus diferentes preocupaciones, pues las enlazó en una trama compartida. Este trabajo, imposibilitado de seguir esas huellas para recomponer el escenario de escrituras en Luna, se ocupa solo de los textos vinculados con la memoria narrada del pasado, es decir, con la historia.

El hilo conductor de un estilo: las biografías políticas

En diversas oportunidades Luna ofreció una idea de su perfil como historiador narrativo. Hay dos temas recurrentes en sus obras: las líneas o genealogías nacionales y las biografías como condensación del cambio. Ambas se enlazan y están presentes en sus textos. Veamos el tema de las trayectorias históricas enfrentadas.

Luna definió alguna vez la pregunta orientadora del siguiente modo: “¿Qué somos, para qué estamos, qué nos pasa, por qué somos así y no como otros?” (*Breve historia de los argentinos*). En alguna entrevista mencionó que antepasados suyos conocieron a los caudillos Facundo Quiroga y Ángel Vicente “Chacho” Peñaloza. También recordó que su esposa tenía precedentes históricos riojanos; sin embargo, en otra bandería de las divergencias locales era bisnieta del montonero Severo Chumbita. Aunque porteño de nacimiento y de residencia a lo largo de su vida, Luna supo situarse en ese punto de

vista riojano, de provincia y federal. No fue difícil hacerlo para un joven que asumió —otra vez en la inclinación a continuar tradiciones familiares— el radicalismo como identidad política y cultural, y por la clave yrigoyenista primera, su iniciación a la imaginación histórica revisionista —no exactamente al revisionismo de un nacionalismo reaccionario y elitista desarrollado entre las décadas de 1920 y 1940—.

Debemos recordar que durante los años de entreguerras en la Argentina hubo una ola de revisionismo histórico donde fueron reconocibles diferentes alternativas. La vertiente más conocida es la nacionalista-reaccionaria ya mencionada, pero hubo otras ofertas como la católica, la comunista y, para lo que aquí interesa, la radical. El grupo FORJA propuso su fórmula revisionista radical en la pluma de Raúl Scalabrini Ortiz, pero también avanzó en una revisión relativa a los caudillos con los historiadores

profesionales Emilio Ravignani y Diego Luis Molinari. La recuperación moderada de la tradición federal y no liberal realizada por parte de Luna, especialmente en *Los caudillos*, pertenece a esta última familia revisionista. En el prólogo de esa obra escribió una frase de tono revisionista: “La versión liberal de la historia no es otra cosa que la superestructura intelectual del programa de gobierno instaurado en el país después de Pavón”. Armando Raúl Bazán, en *La Rioja y sus historiadores*, designó al de Luna como un “revisionismo esteticista” en razón de la carga literaria de sus textos.

En realidad el suyo fue un revisionismo crítico pero encaminado hacia la conciliación de las partes. En Luna, la oposición de Buenos Aires y el unitarismo con el caudillismo es enmendada como un proyecto de integración ulterior. De acuerdo a su relato, los caudillos carecieron de una proyección futura y fueron aniquilados por las transformaciones económicas del siglo. Sin embargo, para el revisionista radical, de alguna manera subsisten hasta el presente, porque perdura la posibilidad de un regreso. Como escribe en el volumen de 1966: “un hombre dice las palabras adecuadas y a su conjuro crece un bramido de pueblo enamorado. Y esas convocatorias civiles del último medio siglo siguen teniendo el mismo perfil que tuvieron las que condujeron antaño los caudillos ecuestres. El mismo perfil arrollador, jocundo, feroz, testarudo y sobrador; aunque sus protagonistas numerosos se llamen radicales, yrigoyenistas o peronistas”. Los escritos biográficos de Luna sobre el radicalismo, dedicados a Yrigoyen, Alvear

y Ortiz, procuran incorporar a tales dirigentes en el linaje federal y popular; también los relativos al peronismo, que como veremos versan sobre Perón.

Un segundo núcleo del estilo de Luna consiste en trazar biografías de personajes del ámbito político. Sus trabajos iniciales se ocuparon de los presidentes radicales. Su primer libro histórico fue *Yrigoyen. El templario de la libertad*, publicado en 1954. Fue un libro más político que histórico. Yrigoyen no iluminaba un problema histórico, era un “templario”, por lo tanto inmarcesible. Fue tal vez su texto más abiertamente activista y sesgado. Posteriormente Luna logró contener sus entusiasmos para advertir los claroscuros de todo individuo complejo. Así, en el *Alvear* de 1958 incluyó una honesta discusión sobre el episodio de corrupción en torno a la empresa eléctrica CHADE. Luna nunca desarrolló una historia social ni un análisis cultural. Se mantuvo ajeno a las propuestas historiográficas más novedosas. Tal vez la afinidad con el frondizismo haya estimulado una sensibilidad contemporánea hacia lo económico, pero sus efectos no se perciben en los relatos históricos.

Su manera de comprender las transformaciones históricas fue —para otorgarle un nombre— romántica: para Luna un individuo significativo (Rosas, Roca, Perón) revelaba la época en que había vivido. En tal sentido, siempre fue sarmientino, aunque discutiera al autor del *Facundo*. Narrar vidas implicaba de alguna manera narrar la era histórica, es decir, la sociedad en que el individuo actuó. Sin embargo, hay algo más, también de naturaleza romántica.

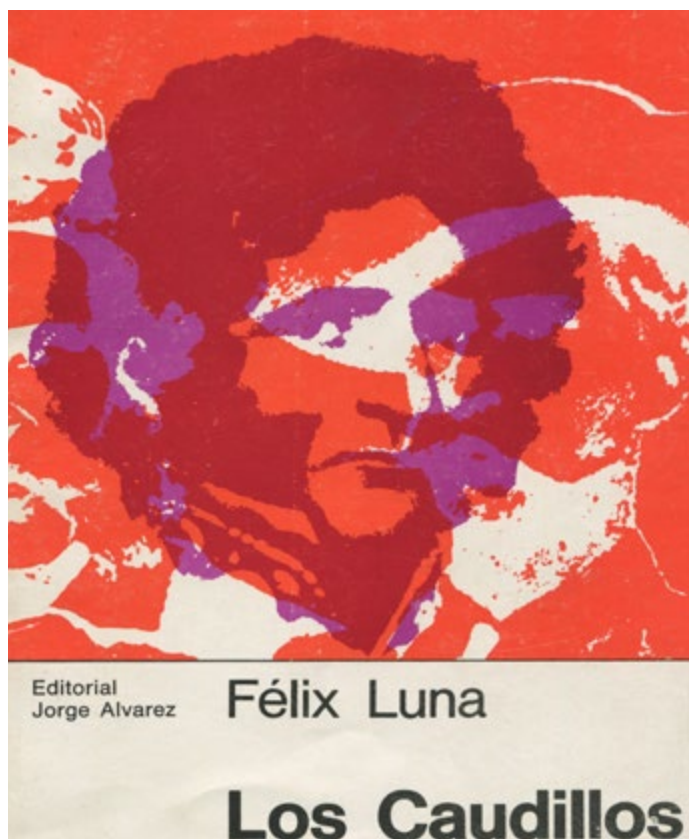


Félix Luna periodista, Buenos Aires, noviembre de 1965.

Del caudillismo al peronismo

La prosa de Félix Luna enfatizó la sensibilidad de los héroes retratados. No fueron solo individuos importantes, mandantes, con sus ambigüedades. Fueron también seres deseantes, corporales. Hay entonces un fondo sensual en la historia de Luna, que afecta a las figuras principales, pero también al resto más anónimo del relato. El ejemplo esencial es el del 17 de octubre de 1945 —desde luego, relatado en su libro *El 45*—, donde el acontecimiento ocurrido en Plaza de Mayo exacerbaba una contingencia erótico-corporal, el perdurable lazo pasional de las multitudes con su líder liberado.

La secuencia de biografías hilvana la obra que procuró el primer reconocimiento de Luna como historiador público, accesible a un lector culto pero no necesariamente académico: *Los caudillos*, de 1966. El libro está compuesto por las vidas políticas de Artigas, Ramírez, Quiroga, Peñaloza y Felipe Varela. Por razones ya expuestas, sería infructuoso indagar en las narraciones de Luna interrogaciones propias de una historia social: pertenencias sociales de caudillos y montoneras, aspectos económico-laborales de las adhesiones a tal o cual dirigente, imaginarios del poder vigentes en las disputas en curso, etcétera. Para Luna, el enigma histórico de los caudillos consistió en cómo sus decisiones se conjugaron, dramáticamente, en el proceso de conciliación entre los diferentes intereses en una fórmula popular y nacional que los trascendió.



Félix Luna, *Los caudillos*, Jorge Álvarez, 1969.

Esa es justamente la clave de lo que hacia fines de los años sesenta se cristalizó como el interés historiador más perdurable de Luna: Juan Domingo Perón. Nuevamente, Perón no fue solo el individuo Perón, fue su época. Para Luna esa interrogación por su figura era también una pregunta por el desplazamiento del radicalismo de la representación de lo nacional-federal y de lo popular que había sido el norte del yrigoyenismo. Implicaba entonces un debate en el seno de un radicalismo que a su juicio había cedido algo significativo al desviarse de sus orígenes populares.

El 45 es revelador de la complejidad de Luna como historiador. Escrito por un radical confeso, el volumen de 1969, que reconstruye minuciosamente el año que vivenció el surgimiento del acontecimiento social y político del peronismo, es llamativamente equilibrado. Perón en el exilio criticó al libro, pues delataba el haber sido escrito por un radical. Pero la opinión del líder exiliado era injusta o partisana. En verdad el trabajo de Luna es ecuánime, además de estar sostenido por una detallada indagación documental: constata tanto los errores del naciente antiperonismo como las incertidumbres de un peronismo todavía en formación. El saldo general del relato es que el peronismo fue un actor legítimo en la política nacional, cualquiera sea el análisis del período posterior.

En los tres volúmenes de *Perón y su tiempo*, aparecidos de 1984 a 1986, el método de Luna continuó encaminado al análisis de las acciones de Perón durante sus dos primeras presidencias, porque, como se ha visto, el historiador argentino se representa la historia desde la biografía política. No es que desarraigase a Perón de sus precedentes y de su actualidad, pero el destino de su movimiento fue decidido en último análisis por sus acciones: la aceleración del autoritarismo desde 1953 y la inesperada colisión con el catolicismo a partir de noviembre de 1954. La actuación de los peronistas y la población común, la política de la oposición, las alternativas de los actores, son temas secundarios en el relato de Luna, pues su foco fue siempre Perón. Mas como en *El 45*, el balance general hecho por Luna, quien valoró positivamente las reformas sociales peronistas y deploró lo que llamó “una regresión en nuestra cultura política” debida a su autoritarismo, deseó ser ambivalente. Luces y sombras se entrecruzaban para vislumbrar lo compartido y no tanto las diferencias entre peronistas y antiperonistas. Porque el peronismo fue para Luna un fragmento reciente en una historia argentina cuya narración trazaba el camino en el que las heridas sanarían dentro de la pluralidad de la nación.

Oposiciones y conciliaciones de la historia nacional

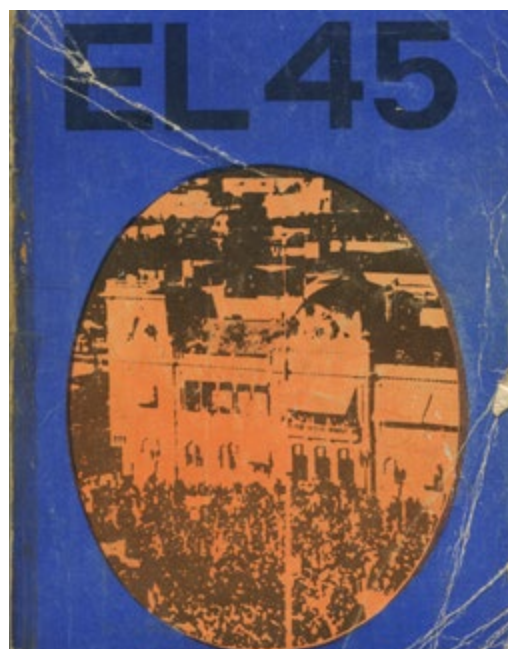
Si la perspectiva histórica de Luna es filiable en un revisionismo radical, tal revisionismo no involucró una mera inversión del panteón de héroes del nacionalismo liberal. El nacionalismo federal de Luna consideró agotado ese proceder que conservaba los términos de la condena (hacer a Rosas virtuoso y a Rivadavia aborrecible) para ensayar una historia menos partisana. En su opinión solo una actitud histórica más equilibrada, y atendida a los hechos, era susceptible de generar una alternativa. El porvenir nacional se dirimía en la posibilidad de integrar las partes en un todo diferenciado pero armónico.

He allí la enseñanza que quiso transmitir en sus textos de investigación y en los de divulgación. Estos últimos estuvieron destinados a un público amplio y deseoso de una síntesis general del pasado. Luna dedicó un prolongado esfuerzo a proveer narraciones de consumo masivo en artículos de periodismo histórico, en libretos y guiones de divulgación, los que luego fueron reconvertidos en libros de amplia circulación.

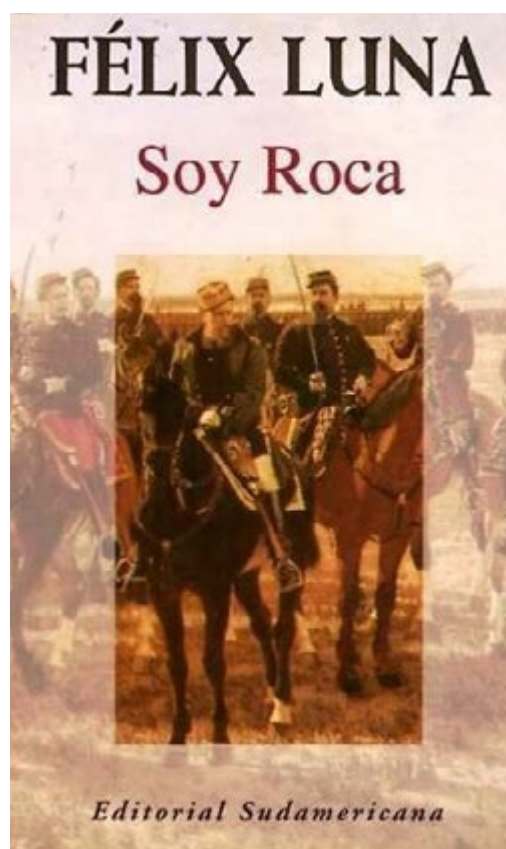
Generados en gran medida en formato de conferencias y artículos de divulgación general, los textos de Luna se detienen en anécdotas y datos llamativos, pero incorporados a una matriz dominante de índole política y en las ya mencionadas líneas de confrontación histórica. Supo que las oposiciones generan un dramatismo atractivo en la lectura no especializada. Ejemplos de ello son los libros relativamente breves para el alcance cronológico descripto: *Conflictos y armonías en la historia argentina*, de 1980, *Buenos Aires y el país*, de 1982, *Fracturas y continuidades en la historia argentina*, de 1992, y *Breve historia de los argentinos*, de 1993. En todos subrayó la escisión entre Buenos Aires y el resto de las provincias del extinto Virreinato del Río de la Plata, el surgimiento de los caudillismos y los antagonismos que, sin embargo, fueron contrapesados por las “armonías” que el país —es el mensaje postrero del historiador— ofrecía para superarlos. La historia contada así entregó un escenario finalmente pacífico y conciliador del destino nacional a un público al que el escritor se aproximaba llamándolo “amigo lector”.

A lo largo de décadas Luna dirigió colecciones de índole histórica, como *Conflictos y Armonías de la Historia Argentina* (homónima de un ya mencionado ensayo de 1980), *Memorial de la Patria*, *Mujeres Argentinas*, *500 Años de Historia Argentina*, *Historia Integral de los Argentinos*. En 1992 fue incorporado como académico de número en la Academia Nacional de la Historia. Dentro del ámbito de la historiografía académica,

estudios como *El 45* y *Soy Roca*, por razones diferentes, fueron positivamente valorados. La vida de Félix Luna se apagó en la Ciudad de Buenos Aires el 5 de noviembre de 2009. Legó una amplia y variada obra a la cultura nacional, de cuyos filamentos históricos estas líneas trazaron una de sus figuras posibles.



Félix Luna, *El 45*, Buenos Aires, Sudamericana, 1972.



Félix Luna, *Soy Roca*, Buenos Aires, Sudamericana, 1989.





Félix Luna y la revista *Todo es Historia*. Una experiencia historiográfica en un contexto dictatorial (1967-1973)

Por José María Lezcano*

Pensar en Félix Luna es pensar en alguien destacado de la historiografía argentina. La variedad de su obra y recorrido nos permite visualizar y reflexionar acerca de diversos aspectos del mundo cultural argentino del siglo XX y, por supuesto, del presente. Su figura simboliza ese singular arquetipo de historiadores que han producido discursos sobre el pasado con una significativa llegada al público masivo. Sin embargo, podemos afirmar que han sido pocas las investigaciones que han orientado sus análisis a la gran multiplicidad de proyectos que nutren su trayectoria y que nos permitirían identificar, además, algunos de los aspectos o formas con los cuales muchos argentinos se han vinculado con el “ayer”.

Los historiadores de nuestro país forman parte de ese campo cultural que continuamente se ha visto entremezclado con el mundo de la política, en un juego de relaciones que en pocas ocasiones ha ofrecido márgenes para el desarrollo

autónomo y en donde ha primado con mucha fuerza una dependencia o inercia que ha influenciado en las producciones intelectuales, tanto dentro como fuera de los espacios académicos o especializados. Félix Luna fue parte de este entramado de ligaduras entre lo político y lo cultural. Su propia vida —en relación con sus ancestros—, su labor periodística, musical, docente y sus discursos sobre el pasado se han combinado con su militancia partidaria y con los cargos que ocupó como funcionario público. A partir de allí pueden entenderse muchos de sus artículos, ensayos y libros, y especialmente la revista *Todo es Historia*, un producto cultural único por sus características y duración en la historia argentina y un espacio colectivo que representó en múltiples sentidos a su pensamiento.

Desde 1964 Félix Luna era el director de *Folklore*, revista orientada a ese género musical donde se incluían notas a artistas destacados, letras de canciones, avisos sobre reuniones y presentaciones de distintos conjuntos en

* Historiador. Docente e investigador de la Universidad Nacional de General Sarmiento.

la gran cantidad de peñas que por entonces existían en el país. Esta publicación era producida y distribuida por Honegger S. A., una empresa editorial perteneciente a Alberto Honegger y su hijo Ricardo. Ese emprendimiento tuvo un gran éxito y fue el contacto que tres años después le permitió a Luna avanzar con su proyecto de una revista de historia. La inspiración había surgido en Europa, cuando cumplía funciones como consejero de la Embajada argentina en la Confederación Helvética en Suiza, bajo la conducción presidencial de Frondizi. Fue *Miroir de l'Histoire*, una revista francesa sobre historia de ese país, la que originó esa motivación de llevar adelante una experiencia similar en la Argentina.

Por otro lado, el impulso final para desarrollar *TH* estuvo dado por el contexto político inaugurado a partir de 1966, cuando se instauró en el poder el gobierno militar autodenominado “Revolución Argentina”, dirigido por los superiores de las tres fuerzas armadas y al mando de Juan Carlos Onganía. Esta dictadura, que se extendió hasta 1973, estuvo caracterizada especialmente por un importante cercenamiento de las libertades por medio de episodios de represión y censura y por un modelo económico favorable a los sectores más concentrados, principalmente extranjeros. Las conversaciones sobre este proyecto entre los Honegger y Luna comenzaron en 1966 y surgieron de la búsqueda de una alternativa a la cancelación de las actividades de los partidos políticos decretada por el gobierno de Onganía. Según el propio Luna, una revista como *TH* podía ofrecer un espacio de expresión a través del conocimiento del pasado para

todos aquellos que tuvieran un interés genuino por las cuestiones referidas a la esfera pública.

La particular justificación que brinda el director de la revista con respecto al origen de la publicación nos permite leer entre líneas sus concepciones acerca de las funciones del historiador y de la historia en general. En primera instancia, la labor historiográfica es concebida en ese contexto como una actividad que colma las aspiraciones inconclusas en otro campo, en este caso, el de la política, que por esos años se presenta como un espacio restringido en lo que respecta a los canales partidarios. Aquello que no puede canalizarse públicamente por la vía política, puede encontrar su expresión en la historia. Se observa además una perspectiva de lo profesional que podríamos calificar como amplia, en el sentido de abrir el campo a cualquier interesado en las temáticas del pasado, sin importar su formación o trayectoria. Esta concepción de Luna se encuentra reflejada en la variedad de tópicos abordados en los artículos y en el elenco de colaboradores que tuvo la revista en esos años, con autores provenientes del mundo del periodismo, la literatura y la política. Esta visión nos muestra además las condiciones para construir un tipo de discurso historiográfico; se mira al pasado desde la perspectiva política del presente.

Luego de varias idas y vueltas a causa del poco convencimiento de la editorial y de las dificultades para encontrar soportes publicitarios que financiaran la producción, el primer número salió a la venta en mayo de 1967. A partir de ese momento *TH* comenzó su recorrido a través de entregas mensuales que se extenderían hasta



Miguel Ángel Scenna, Arturo Jauretche, Boleslao Lewin y Félix Luna en los festejos del 3º aniversario de la revista en la Peña El Hormiguero, Buenos Aires, 18 de mayo de 1970.

la actualidad. Autodefinida como una “Revista mensual de divulgación histórica”, esta publicación de 100 páginas no tuvo grandes variaciones respecto a su formato durante el período 1967-1973.

A comienzos de la década del sesenta existía un público de alguna forma nuevo con respecto a las décadas anteriores, que como consecuencia de ciertas renovaciones escolares y culturales, y favorecido por el ya conocido *boom* editorial originado durante esos años, se caracterizaba por la heterogeneidad. Grandes emprendimientos se desarrollaron en este período ocasionando una importante diversificación de la oferta y ampliando el acceso a la lectura a sectores sociales que históricamente no frecuentaban esta actividad. Los lectores de *TH* se encontraban principalmente en los segmentos urbanos de clase media, con cierto nivel de formación en estudios medios y superiores, asiduos a las revistas que trataban cuestiones sobre la vida cotidiana, es decir, publicaciones de actualidad. Sin embargo, la revista se vendió tanto en los grandes centros urbanos como en pueblos o zonas rurales, adquiriendo un carácter nacional. Así también, la revista era leída en diferentes países, desde donde llegaban opiniones a la sección en la que los lectores podían ofrecer sus apreciaciones sobre los artículos.

TH generó una comunidad interesada en la escritura y en la lectura de la historia e incentivó el intercambio de ideas en un clima intelectual de trincheras; favoreció la producción historiográfica en diferentes lugares del país, recibió la colaboración de autores provenientes de casi todas las provincias y anunció constantemente la conformación de juntas y academias locales; impulsó temáticas y cuestiones del pasado que podrían englobarse dentro de la historia social, aunque la profundización, las variantes y el alcance distaron mucho de lo que proponían los historiadores renovadores hacia el interior de varias universidades. Desde la revista se dio lugar también a hechos históricos que involucraban a las mujeres como protagonistas principales. Fueron mujeres también muchas de las productoras de los artículos a lo largo del período 1967-1973, y esto implicó cierta originalidad con respecto a otros ámbitos historiográficos argentinos de entonces. Indudablemente, esta publicación representó un espacio que, a nivel nacional, acompañó esa noción muy presente en aquellos años en Europa referente a que cualquier

temática era posible de ser categorizada como objeto de estudio histórico.

Más allá de que en la década del sesenta se observa una popularidad inédita en todo lo referido a contenidos historiográficos, fueron pocos los esfuerzos por encarar un entendimiento profundo del pasado, y aunque gran parte del conjunto social mostraba un interés genuino, se buscaban vías simples que permitieran afrontar un presente extremadamente complejo en sus controversias sociopolíticas. En este plano era muy reducido el espacio que quedaba por fuera de las universidades a aquellas expresiones que se abocaban a un estudio riguroso de la historia, ya que no eran funcionales a las necesidades intelectuales inmediatas que gran parte de los lectores tenían por entonces. Por un lado, *TH* fue un reflejo de la forma en la que la sociedad

argentina de esos años se relacionaba con su propia historia, y por otro, generó nociones o imágenes que dieron forma a interpretaciones específicas del pasado. El análisis de sus artículos muestra hechos y protagonistas que se encuadraban dentro de una lógica de antagonismos entre el bien y





Festejos por el 3° aniversario de la revista en la Peña el Hormiguero, Buenos Aires, 18 de mayo de 1970. El padre Ramón Rosa Olmos, presidente de la Casa de Estudios Históricos de Catamarca, recibe el premio *Todo es Historia*. Gentileza de Felicitas Luna.

el mal. La mayoría de los lectores de *TH* (provenientes de todo el arco ideológico nacional) demandaban de cada número mensual referencias que les permitieran posicionarse en el dinámico contexto político y cultural en el que vivían. La historia funcionaba como un escenario donde buscaban fundamentos para los debates de actualidad.

Además de sus disputas en el propio campo historiográfico, *TH* construía sus discursos sobre el pasado pensando en la discusión política que se desarrollaba en el presente, y a lo largo del período en donde gobernó la autodenominada “Revolución Argentina” se edificó un discurso que, en mayor o menor medida, le permitió posicionarse en esa esfera pública cerrada para la actividad partidaria. La labor historiográfica de la revista se configuró en torno a su posicionamiento político. Luna y sus colaboradores realizaron distintos artículos con el objetivo de intervenir, influir o crear nociones para los debates de su tiempo. A través del pasado se buscó objetar, por un lado, a los mandatarios y las características del gobierno militar, principalmente a Juan Carlos Onganía, y por otro, a la imagen de Perón y todo lo que había representado la experiencia peronista entre 1945 y 1955.

TH fue una manifestación más del nivel de politización que afectaba al mapa historiográfico argentino de esos años, donde no se concebía a la disciplina como un campo científico valioso por sí mismo, sino como una herramienta de discusión política. La revista buscó diferenciarse de las historiografías militantes que por entonces circulaban; no

obstante, recurrió al igual que aquellas a las vinculaciones entre el pasado y el presente. Para esto construyó un panteón alternativo (aunque similar al de algunas expresiones revisionistas) al que habían elaborado las distintas corrientes historiográficas. La figura principal fue la de Hipólito Yrigoyen y en los peldaños siguientes se situaban varios caudillos federales provinciales: Leandro N. Alem, Lisandro de la Torre, Arturo Frondizi y algunos personajes “olvidados” de nuestro pasado.

Impulsando ideas que sostenían la necesidad de la integración de todos los sectores en el desarrollo político, económico y social, *TH* cimentó un discurso en sintonía con la línea desarrollista del radicalismo. Se formuló un posicionamiento de defensa de los derechos de la ciudadanía, del orden constitucional, contrario a la violencia y la persecución. La revista impulsaba una construcción política con características populistas no peronista. Desde este lugar, en un contexto de “peronización” de las clases medias, buscó influir en las nociones que se construían en torno al pasado y así deslegitimar a Onganía y a Perón. Sin desconocer la trayectoria de Félix Luna, marcada entre otras cosas por el impacto que significó en su vida el haber sido detenido y torturado en 1951 a causa de su militancia política, la forma en la que *TH* elaboró su discurso sobre el pasado fue un efecto de la determinante influencia que en la realidad política y social de entonces tenían la presencia de un gobierno militar y la cuestión del movimiento peronista con su líder en el exilio.

A través de una doble apuesta, historiográfica y política, se percibe al historiador como el encargado de encontrar aquellas claves que permitan la resolución de los conflictos en el presente. La Historia se encontraría así al servicio del desarrollo integral del país. Hay aquí una perspectiva que deja de lado los mecanismos académicos de producción y circulación de discursos sobre el pasado e impulsa la divulgación como forma primaria para que el conjunto social comprenda su propia historia. Desde su primera edición —manifestándose en contra de la presencia de agentes externos monopólicos en la economía nacional, de un régimen autoritario que cancelaba a los partidos políticos, la Constitución y las vías republicanas y del tipo de figura política que representaba Onganía— *TH* nos muestra uno de los espacios en los que era posible oponerse a un gobierno de esas características. Aunque hayan existido importantes ejemplos de censura en todos los ámbitos, también existían canales de posicionamientos políticos alternativos, incluso implícitos en los escritos de los historiadores. En este contexto, *TH* se ofreció como una iniciativa distinta a la que se desarrollaba en sectores de izquierda o derecha y que tanto atraía a la clase media, principalmente a los jóvenes.

Uno de los aspectos más complejos sobre estas cuestiones se refiere al hecho de pensar cuál pudo haber sido el impacto

real de la revista sobre el público lector. La bibliografía y las estadísticas nos muestran que autores como José María Rosa, Juan José Hernández Arregui, Fermín Chávez, Eduardo Duhalde, Rodolfo Ortega Peña, Rodolfo Puiggrós y Abelardo Ramos fueron los líderes en ventas. *TH* convivió con ellos ofreciendo una apuesta historiográfica disímil, a la vez que exitosa, al menos en lo referido a la extensión geográfica de su circulación. De todos modos, el tipo de discurso de la revista no sintonizaba plenamente con la creciente radicalización política de finales de los sesenta y principios de los setenta, ni con el corrimiento hacia el peronismo de una porción importante de los sectores medios argentinos.

Muchas de las ideas que *TH* construyó, resignificó y divulgó y las formas en las cuales plasmó un tipo de escritura para el público no especializado fueron el resultado de un cruce de concepciones provenientes de sus numerosos colaboradores. Sin embargo, su orientación general y su perfil intelectual y político tuvieron la impronta de su creador y director. Aunque no puede pensarse a Félix Luna ni a *TH* como una apuesta desde una intelectualidad radical o combativa, podemos situar a esta revista dentro de los emprendimientos o propuestas culturales que en un contexto dictatorial construyeron discursos de crítica y oposición.



Félix Luna (de anteojos y galera) durante su estadía en Suiza como consejero de la Embajada del gobierno de Arturo Frondizi, Berna, 1958.





Archivo gráfico de *Todo es Historia*: los documentos que ilustraron sus páginas

Por Georgina Ferrara y Daniela Rodríguez*

El pasado año llegó a la Biblioteca el conjunto de documentos que a lo largo de los años ilustraron las páginas de la legendaria revista *Todo es Historia*. Llegó de las manos de quien por más de treinta años se ocupó de su organización y conservación Felicitas Luna,

heredera de una manera de narrar la historia y también de ilustrarla. El archivo gráfico se incorporó al acervo bajo responsabilidad del Departamento de Archivos, sumándose así a la lista de archivos de redacción con los que cuenta la institución.

Acerca de los archivos de redacción

Desde mediados del siglo XIX y fines del XX, antes del auge de las tecnologías digitales, publicar diarios y revistas requería del acopio de documentación que sirviera de fuente de referencia para la consulta y también para la ilustración de eso que se buscaba relatar. Los archivos de redacción, archivos gráficos y/o archivos periodísticos fueron conformándose al ritmo del desarrollo del fotoperiodismo. La producción cuantiosa de documentos obligó a las editoriales a profesionalizar los archivos, sistematizándolos con una

lógica de recuperación de la información ágil y rápida, es decir, al ritmo de las rotativas.

Definimos los archivos de redacción como el conjunto de documentación periodística producida, recopilada y recibida a lo largo de los años por las editoriales para la edición de sus publicaciones. Estos particulares archivos han sabido ser el corazón de las noticias, la materia prima para su confección y el testimonio de una forma de hacer periodismo que, en la actualidad, frente al desarrollo tecnológico, ha caído casi en desuso.

* Historiadoras. Archivistas del Departamento de Archivos de la Biblioteca Nacional.

Hoy sus documentos son consultados por investigadores, docentes, estudiantes, documentalistas, agentes de la Justicia, militantes políticos, periodistas, y han servido como fuente para investigaciones académicas y judiciales, publicaciones periodísticas, muestras, productos audiovisuales y homenajes. Dichos ejemplos nos sirven

para ilustrar no solo la versatilidad de estos archivos, sino el cumplimiento de una triple función social, ya que sirven de garantes de derechos, de salvaguarda de la propia memoria institucional y de custodios de fuentes para la investigación y producción cultural.

La cocina de la divulgación histórica: arqueología de un archivo

A continuación, presentamos una primera aproximación al archivo gráfico de *Todo es Historia*, un exponente de los archivos de redacción.

El archivo gráfico de *TH* nació con la revista, en 1967. A diferencia de otros archivos de editoriales, la historia de este archivo surge a partir de la vocación del periodista e historiador que en su tarea cotidiana produce, encuentra y guarda documentos, no solo como fuente sino también como memoria del recorrido hecho. Así, Félix Luna fue seleccionando y recopilando imágenes para ilustrar los artículos de la revista, que luego su secretaria guardaba en sobres a la vieja usanza de los archivos de redacción. Para quien incursionó en el mundo del periodismo y pretendía divulgar la historia argentina de la forma más atractiva posible, la imagen era parte fundamental de las estrategias de “enganche” del público. De ahí la importancia de conservarlas en un archivo, más teniendo en cuenta que tiempo atrás las imágenes escaseaban. La historiadora María Sáenz Quesada, colaboradora de la primera hora de la revista, también contribuyó con todo tipo de ilustraciones que obtenía

de la voluminosa biblioteca de su padre historiador. De este modo, el archivo fue desarrollándose de forma muy artesanal e intuitiva en sus primeros veinte años y hasta la incorporación de quien, en sus propias palabras, se considera una “mimada de la historia” y la hermana mayor de la revista creada por su padre: Felicitas Luna. Desde que se sumó a la empresa familiar de divulgación no solo tuvo la suerte de aprender con su padre, sino también con las colaboradoras y colaboradores más cercanos de

TH. Una de las tareas encomendadas fue la organización del archivo, que, dado su interés por la fotografía, Felicitas aceptó gustosa. Ya en la década del noventa la tecnología trajo cambios en la recopilación y guarda de los documentos, pero el archivo continuó en uso y creciendo hasta 2017, cuando la revista comenzó a transitar una nueva etapa al comenzar a salir por suscripción. En las

vísperas de los diez años de la muerte de Félix Luna, sus tres hijas decidieron que era momento de distribuir su legado documental y bibliográfico. Luna ha sido, en palabras de Felicitas, un hombre que ha contribuido enormemente a la cultura de nuestro país, que conocía y creía en los archivos e instituciones públicas porque los consultaba asiduamente, porque conocía su valor y belleza. Es por eso es que sus herederas destinaron ese valioso legado a instituciones como la Biblioteca del Congreso de la Nación, la Academia Nacional de la Historia y la Biblioteca Nacional. Aquí, los documentos de *TH* podrán volver a ilustrar todo tipo de productos culturales, así como también, tal vez, puedan contribuir a la recuperación de la historia de quienes han pasado por las páginas de la revista o las han leído. En este sentido, recuerda

Felicitas que en una oportunidad llamó a la revista una mujer consultando por la fotografía de la portada en la que se podía ver a un obrero y le preguntó quién era ese hombre y dónde podía obtener la fotografía. Felicitas, que registraba los datos de procedencia de la fotografía, le explicó dónde podría encontrarla y la mujer muy emocionada le dijo que era ese su abuelo del que no conservaban fotografías. En este sencillo ejemplo podemos apreciar algo de la importancia que pueden



Ilustración para “La desgracia de Camila O’Gorman”. Material usado para el *Romancero argentino*, donado al archivo por León Benarós. Colección BNMM, Departamentos de Archivos, Archivo gráfico de *Todo es Historia*.

tener los archivos y sus documentos en la vida de las personas y en la historia nacional que, narrada e ilustrada desde la perspectiva cultivada por *TH* —federal, plural y socialmente inclusiva—, recupera los hechos del pasado más lejano y más reciente de interés popular y de las y los amantes de la historia. Estamos trabajando desde el

Departamento de Archivos para que este valioso conjunto esté disponible pronto para la consulta y que la suerte de la revista nos acompañe, para que en los próximos cincuenta años estos documentos continúen vivos a través de su uso y aportando a la escritura de la historia.

Primeras aproximaciones al archivo gráfico de *Todo es Historia*

Fechas extremas: 1967-2017

Volumen: 10 metros lineales

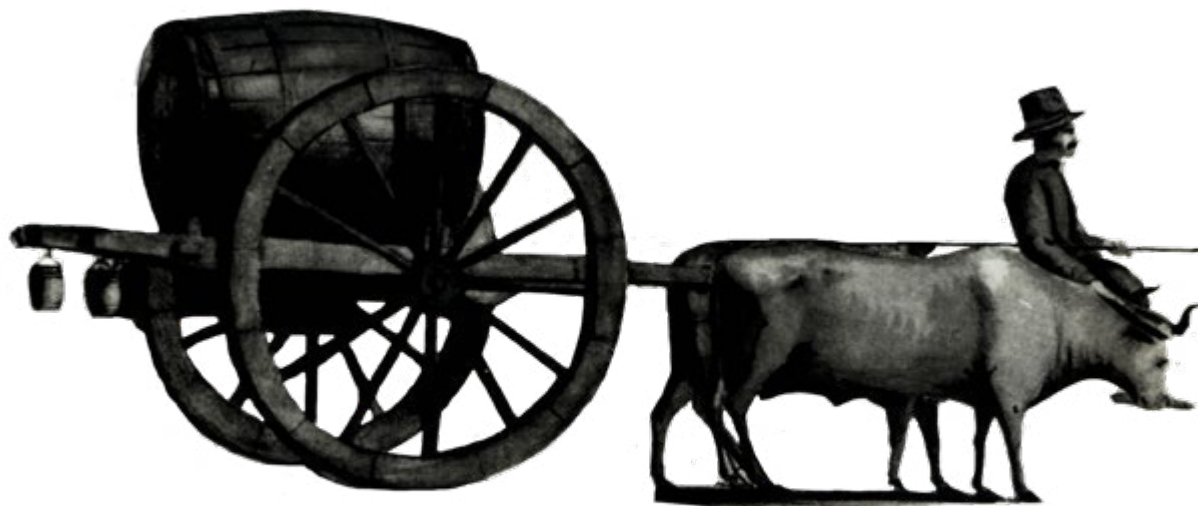
Soporte: Documentos textuales en soporte papel, documentos de imagen en soporte papel y documentos electrónicos en DVD

De acuerdo a su último inventario, el archivo gráfico posee un total de 2962 sobres temáticos. En cada uno se registra un título que se corresponde con las siguientes categorías para su clasificación:

- Personajes argentinos
- Personajes extranjeros
- Países
- Provincias argentinas
- Temas argentinos
- Temas Buenos Aires

Cada unidad documental puede contener todo tipo de imágenes, desde fotografías hasta dibujos originales. También podemos encontrar una variedad de documentos originales o copias, como recortes de prensa, volantes,

cartas de colaboradores, postales, mapas y croquis. Todos ellos provienen de distintas fuentes, entre ellas, el Archivo General de la Nación, los archivos de redacción de los diarios *La Nación*, *Clarín* y *Crónica* y también archivos personales. Reconstruyendo la historia de esta colección, pudimos conocer cómo se fueron produciendo estos documentos. En principio eran las y los colaboradores quienes los enviaban para ilustrar los artículos de la revista. Luego, ante la necesidad de contar con más imágenes, sumaron a un fotógrafo que tenía como tarea obtener documentos para entregárselos a Felicitas, a cargo de la organización del archivo y de la investigación gráfica. Ella registraba de puño y letra los datos de contenido, contexto, procedencia y el número de la revista en la que era utilizada la imagen, información muy útil para quien consultase estos documentos. También estuvo a cargo de la realización de un inventario, actualizado en el 2000. Esta herramienta forma parte del conjunto donado y es muy útil porque permite tener un primer conocimiento acerca de su alcance y contenido, que a continuación intentaremos vislumbrar.



Todo aquello que los documentos ilustran

Todo es historia y todo aquello puede estar registrado en un documento. En este archivo pueden encontrarse documentos relacionados a la línea historiográfica de la revista, que abarca temas de historia política nacional, social y cultural, de la vida privada, de las artes, ciencias, tecnología, de la economía, de las ciudades y localidades. Así como en la revista, en el archivo gráfico encontraron lugar aquellos sectores sociales marginados del relato oficial, como las mujeres, los negros, los indios, los pobres, las y los rebeldes de todos los tiempos.

tanto al cura Brochero como a la alta jerarquía eclesiástica. El mundo de las letras y de la prensa también está muy bien representado a través de nombres tales como “Arlt, Roberto”, en cuyo sobre se incluyen imágenes de las portadas de sus libros, y “Barrios, Américo”, responsable de los diarios *Democracia* y *El Laborista*. “Burucúa, José Emilio”, los hermanos Irazusta, “Galasso, Norberto” y “Rosa, José María” son solo algunos exponentes de los historiadores de todas las escuelas que son parte de este archivo. Estos prestigiosos hombres conviven junto a otros



“Historia es todo; y todo es Historia. Historia no es únicamente la línea de las grandes efemérides: es también El amor y los crímenes, las modas y las costumbres, las formas de vida, las creencias, hasta las mentiras. Todo es Historia, todo nos interesa porque se refiere a nuestro país y a nuestro país y a nuestro pasado”
***Todo es Historia*, nro 1.**

Natalio Botana. Colección BNMM, Departamento de Archivos, Archivo gráfico de *Todo es Historia*.

La categoría con más volumen es la de Personajes Argentinos. De la A a la Z, comenzando con “Abad, Elías”, senador correntino integrante de la Unión Democrática, y terminando con “Zuviría, Fenelón”, diputado liberal por Salta en 1864, todo varón destacado ha quedado muy posiblemente registrado en un documento. Los presidentes de la nación, desde Rivadavia hasta Alfonsín; gobernantes, legisladores y funcionarios de todas las provincias; políticos de todas las tendencias, desde la unitaria y federal hasta la anarquista, comunista, conservadora, liberal, radical y peronista, hegemonizan los títulos de este gran agrupamiento. También podemos encontrar los nombres de los principales hombres de la elite económica desde los tiempos coloniales, profesionales liberales, hombres de la ciencia y también de la Iglesia, incluyendo

cuyo rastro es menos frecuente en los archivos, como es el caso de un tal “Asuero, Fernando”, un médico de dudosa procedencia que en la década del treinta se hizo conocido por su novedoso tratamiento para curar todo tipo de dolencias que resultó finalmente ser un fraude. Médicos charlatanes, mafiosos y delincuentes, tan atractivos como aquellos ídolos de la cultura popular de distintos ámbitos —deporte, cine, radio, teatro, televisión y música—, también han quedado ilustrados en los documentos. Los tangueros son parte de este grupo, sin repetir y sin soplar y alfabéticamente: Arolas, Baffa, Cadícamo, los Discépolo, Magaldi, Sosa, entre otros tantos. Y si de músicos populares se trata, encontramos a exponentes tales como Gabino Ezeiza, payador afro porteño de San Telmo, yrigoyenista y admirado por Gardel. Representando

a los bandidos rurales y gauchos podemos encontrar a los legendarios “Bairoletto” y “Moreira, Juan” junto a los caciques Casimiro Biguá y Justo Coliqueo que, aunque se encuentren bajo esta categoría siendo representantes de otras naciones, son ejemplos de los títulos relacionados a sujetos que han sido históricamente marginados del relato oficial y, por lo tanto, de los documentos e imágenes de época. En el mismo sentido, las mujeres se incluyen en los sobres referidos a varones en tanto hijas y esposas como en los sobres propiamente referidos a mujeres. En el sobre titulado “Botana, Helvio/Natalio/Salvadora” podemos encontrar imágenes de Natalio y de su curiosa esposa, Salvadora Medina Onrubia. En cuanto a las mujeres con sobre propio, podemos decir que se trata de mujeres excepcionales en su rubro asociadas a hombres poderosos que incidieron en la historia política nacional. Se destacan entonces los títulos referidos a las primeras damas y esposas, como “Del Pino, Juana”, esposa de Rivadavia. Por lo demás, en cuanto a las mujeres se incluyen las que representan a los mismos rubros mencionados en el caso de los varones.

La segunda categoría más voluminosa, con más de trescientos sobres, es la de “Hechos y personajes extranjeros”. La mayoría de los rostros ilustrados se corresponden a América, aunque claro que están incluidos los principales personajes de la historia mundial, desde las realezas europeas coloniales y Napoleón Bonaparte hasta Mahatma e Indira Gandhi. Esta categoría sigue los mismos criterios que la anterior en cuanto a quiénes son los personajes incluidos. Ocurre lo mismo en el caso de los personajes femeninos.

Una de las categorías más destacadas del conjunto es la que se titula “Argentina”. En los archivos de redacción es común encontrar este título basado en el criterio de ordenación geográfico, utilizado para asociar hechos, temas y personas a un país, provincia, continente, región. Dado el gran recorte temático que implica, mencionaremos algunos de los temas más destacados. La historia política desde la conquista hasta la construcción del Estado nacional, incluyendo cada batalla y cada intento de organización constitucional, es

sin dudas el tema más voluminoso. Sin embargo, también resultan muy interesantes ciertos títulos relacionados a hechos significativos de la historia reciente, tales como el “Levantamiento Carapintada” y los documentos referidos a los atentados a la AMIA y a la Embajada de Israel. También hay documentos relacionados con la lucha armada y la guerrilla, con movimientos y partidos políticos, con la economía y sus rubros, con el movimiento obrero, con la historia militar y bélica, con las universidades, con la inmigración y las colectividades, con la vivienda y las villas miseria, con la moda, por citar solo algunos temas.

Siguiendo las mismas líneas temáticas, la categoría “Buenos Aires” resulta muy representativa de las cuestiones de interés de la revista. A fin de no caer en una mirada “porteño-céntrica”, que sería desaprobada por el historiador federal, es necesario aclarar que la mayoría de las referencias son sobre la ciudad, aunque incluye también documentos relacionados a la provincia. Como temas dentro de este conjunto podemos encontrar:

- La historia de los barrios de la ciudad y de las localidades metropolitanas, sus calles, plazas y sus monumentos, así como también las casas más destacadas y los conventillos de antaño.
- Los edificios públicos y privados más importantes, entre los que se incluyen los hospitales, “hospital de locos” (de mujeres y de varones) y las más emblemáticas escuelas.
- Las iglesias y los cementerios.
- Los sitios más distintivos de la ciudad, como bares, confiterías y también cabarets.

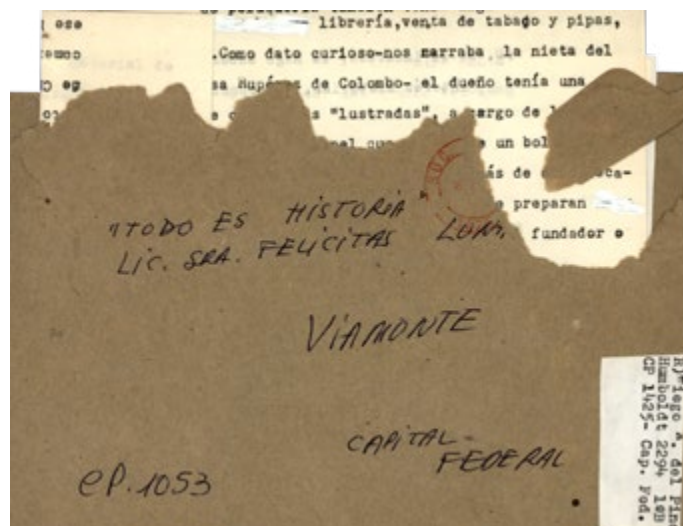
Dentro del campo de la historia de las ciudades, también se incluye la de ciertos personajes característicos que las habitan. En este sentido, bajo el título “Buenos Aires, Tipos populares, Vendedores ambulantes”, hemos encontrado una valiosa recopilación de imágenes que permiten recuperar los quehaceres y consumos populares de antaño, desde la época colonial, destacándose especialmente las fotografías correspondientes a fines del siglo XIX y principios del XX, que dan cuenta también de la vida cotidiana en esos tiempos de fuertes cambios urbanos. Bajo la categoría “Provincias Argentinas” hay sobres temáticos por cada una de ellas. Tomando como ejemplo el sobre de La Rioja, provincia en la que nació Félix Luna y acerca de la cual escribió su primer trabajo histórico, se pueden encontrar fotografías, postales y otros documentos que recorren los paisajes provinciales desde



fin del siglo XIX y principios del XX, registrando sucesos tales como el llamado “Terremoto de Jagüé” de 1899, el desarrollo minero en Famatina y el gobierno de Eduardo Fernández Valdes durante la Década Infame. Paisajes, catástrofes, recursos naturales, personalidades, eventos políticos, conflictos sociales, pueden ser algunos de los temas que pueden encontrarse en esta categoría.

Por último, siguiendo con el criterio de ordenación geográfico, en la categoría “Países”, aunque no están todos incluidos hay más de cincuenta de casi todos los continentes, incluyendo a algunos que ya no existen como Persia o Checoslovaquia.

En este breve pantallazo apenas logramos esbozar parte de los temas principales. Serán las y los futuros investigadores quienes podrán descubrir en las profundidades de este archivo los infinitos recorridos que sus valiosos documentos proponen.



Carta de uno de los colaboradores de la revista en la que se remite una imagen que Felicitas sumó a “Buenos Aires, vendedores populares”. Colección BNMM, Departamento de Archivos, Archivo gráfico de *Todo es Historia*.

Entonces las mujeres y *Todo es Historia*



Salvadora Medina Onrubia. Colección BNMM, Departamento de Archivos, Archivo gráfico de *Todo es Historia*.

En la experiencia en el trabajo en archivos hemos ido reconociendo un rasgo de la realidad que se repite en las diversas esferas de la sociedad y también en el mundo de los archivos: la escasa o nula presencia de las mujeres, en este caso, como sujetas productoras de documentos y como sujetas de la Historia. Aunque en los últimos años ha crecido el patrimonio documental referido a mujeres y a identidades sexuales disidentes, la mayoría de los fondos documentales que integran el acervo institucional están relacionados con personalidades masculinas, blancas, urbanas, representantes de los sectores medios y altos de la sociedad. Tal vez a simple vista no puede verse que detrás de todo gran productor de documentos, hay en general una mujer invisibilizada que los organiza y los preserva como parte de la extensión de las tareas de cuidado que comúnmente realizan las mujeres. En el caso de la revista *Todo es Historia* resultaría imposible no reconocer la presencia de las mujeres que acompañaron el pionero proyecto de divulgación histórica en todas las tareas, como secretarías, archiveras, editoras, escritoras e historiadoras. Hay que decir que esta reflexión aquí incluida no responde exclusivamente a un interés del presente en el que el movimiento de mujeres y femineidades ha logrado una gran visibilidad pública. Esta es también una oportunidad para destacar el rol que ha jugado la revista *Todo es Historia* desde sus orígenes en la construcción de un lugar historiográfico para la recuperación de la historia de las mujeres y del papel que estas han jugado en la historia,



Vendedor de pescado en 1901. Colección BNMM, Departamentos de Archivos, Archivo gráfico de *Todo es Historia*.

labor que ha quedado plasmada en su archivo. Ya en el primer número, Félix Luna demostró gran audacia al elegir para el artículo central como tema la vida privada y amorosa de Juan Manuel de Rosas. Es de imaginar que los sobres titulados “Rosas, Juan Manuel” contengan una abundante cantidad imágenes mientras que tanto su esposa Encarnación Ezcurra como su hija legítima Manuela cuentan con sobres menos abundantes. Eugenia Castro, la joven que quedó al servicio y al cuidado de Rosas, quien fuera su amante y madre de sus hijos ilegítimos, no cuenta con un sobre, aunque una imagen de su rostro borroso se conserva en el de su amante, revelando que en lo que hace al registro de imágenes operan tanto las diferencias de género como las de clase.

No solo se publicaban artículos centrales referidos a las mujeres con cierta frecuencia, sino que también,

a partir del número 144 de mayo de 1979, comenzó a salir la sección “Entonces, la mujer”, dedicada a quienes la dirección consideraba “una protagonista de la historia muchas veces ignorada” (*Todo es Historia*, nro. 144, mayo de 1979). La primera entrega tuvo como título “Las mujeres del desierto”, refiriéndose a las cautivas, las cuarteleras, las militares, las indias. ¡Cuán difícil puede ser ilustrar a aquellas que han sido doblemente marginadas, por ser mujeres y por su condición social! En el caso del sobre titulado “Argentina, cautivas”, podemos encontrar tres imágenes, dos de ellas grafican la presencia de malones de indios raptadores y la tercera es la fotografía de una escultura de una mujer cautiva junto a su niña, lo que demuestra cierto ingenio necesario a la hora de encontrar las imágenes de las y los marginados de la historia para ilustrar un artículo que de ellos trata.

Tomando en cuenta estos ejemplos podemos vislumbrar cuánto pueden decirnos los documentos de archivo acerca de las predominancias, presencias y ausencias de ciertos sujetos en la historia, de las representaciones y de las relaciones de poder entre géneros. En este sentido, sabemos que el archivo gráfico de *Todo es Historia* podrá contribuir a los estudios de estos temas con textos e imágenes valiosas.

Por último, no queríamos dejar de destacar el invisible trabajo de las mujeres en los archivos, un mundo que ha sabido ser muy masculino, al menos en lo que hace a los archivos de redacción. Felicitas Luna fue la primera archivera de uno de estos especiales archivos que pudimos conocer. No podemos más que agradecer su trabajo de tantos años de cuidado amoroso y con pericia de este conjunto de documentos. Sabemos que será muy disfrutado por las y los usuarios que vendrán a consultarlo.

Palabras finales

Estas primeras aproximaciones acerca de la organización y contenido del archivo gráfico de *Todo es Historia* pretendieron compartir lo conocido e incitar a futuras consultas. Recorriendo las etiquetas de las cajas y los títulos del inventario pudimos descubrir los temas de interés y aquello que marcaba la curiosidad de quienes escribieron en las páginas de la revista. Es que los documentos que conforman este archivo les ponen rostro a esos personajes de la historia que a lo largo de nuestra vida hemos nombrado y homenajeado, pero también reflejan aquello que no se nos presenta inmediatamente

como historia. Porque, si el poder de la divulgación reside en que cualquiera puede sentirse cercano a un gran suceso, sumergirse en los documentos de un archivo gráfico de una publicación de este tipo, es descubrir por ejemplo que la calle Ferrari de El Palomar, conocida, pero como un apellido vacío de identidad, corresponde a Laureana Ferrari, una de las patricias argentinas que contribuyó a la confección de la bandera y cuyo nombre es el título de un sobre temático. Rostros y nombres nutren este valioso archivo que esperamos prontamente esté disponible para las y los usuarios de la Biblioteca Nacional.





Entrevista a Felicitas Luna y María Sáenz Quesada

El viernes 7 de junio la Biblioteca Nacional entrevistó en el Auditorio Jorge Luis Borges a las historiadoras María Sáenz Quesada y Felicitas Luna. Sáenz Quesada estudió Historia en la Universidad del Salvador y a poco de recibirse se vinculó a la revista *Todo es Historia*, en parte por iniciativa propia y, en parte, por su hermana Jimena Sáenz, quien trabajaba también en la revista. En 1969 comenzó a colaborar en la revista, luego fue su subdirectora hasta que falleció Félix Luna en 2009, a quien sucedió en el cargo de la dirección, y actualmente es la directora honoraria. Por su parte, Felicitas Luna es historiadora por la Universidad de Buenos Aires, es hija de Félix Luna y trabajó y convivió con la revista desde su creación. El siguiente es un extracto y una selección de esa entrevista.

Biblioteca Nacional: ¿Por qué eligieron estudiar historia?

María Sáenz Quesada (MSQ): Era un mandato familiar, de alguna manera. Mi padre era historiador, fue profesor de la Universidad de Buenos Aires y el tema histórico estaba presente en casa en forma permanente. Era un poco

abrumador, porque había mucha historia familiar, la mía era una familia rioplatense muy antigua y entonces el peso de los temas históricos y todo eso era mucho. Entonces al escribir lo comparto con los lectores.

Tenés ahí, en el tema de la familia, un punto de contacto con Félix Luna, ¿no?

MSQ: Claro, siempre hacíamos competencia entre sus orígenes riojanos y los míos porteños y mendocinos, lo cual un poco me perdonaba porque Luna era muy amigo de su provincia y también de Corrientes y de toda la región del Noroeste. Y yo soy un poco porteña cruda.

Contanos tu caso, Felicitas.

Felicitas Luna (FL): Yo soy historiadora por la Universidad de Buenos Aires. Viví con *TH*. Conviví con un padre que era historiador, y la revista, que salía cuando yo era muy chica, era como una hermana menor. Y como a una buena hermana menor a veces se la quiere, a veces se la pelea, pero realmente uno le tiene un cariño entrañable. Todo mi *cursus honorum* como historiadora lo hice en la revista. Tuve el privilegio de trabajar no solo con María Sáenz



Félix Luna en la Biblioteca Nacional, mayo de 2000.

Quesada y con papá, que era un gran docente en cuanto a la teoría y a la práctica, sino que también, como buena porteña y mimada de la historia (porque esto lo recibí sin haberlo pensado), me conecté indirectamente con un mundo de grandes colaboradores y gente del interior del país. *TH* me abrió un respeto y una profunda admiración por toda esa gente que trabajaba de una manera muy compleja, porque no es lo mismo trabajar en Buenos Aires que en Salta, Chascomús o la Patagonia. Ese entrecruce lo viví con mucha alegría y con mucho respeto, y fue lo que también me formó en la disciplina historiográfica.

Empecé en el 85 siendo secretaria privada de papá. Luego en el 87, para el trigésimo aniversario de la revista, me incorporé para trabajar en la sección de fotografía, que era dentro de la carrera de Historia lo que más me gustaba. Después me seguí formando en conservación de fotografía y trabajé durante los treinta años que salió la revista en papel como editora, en la búsqueda de imágenes, en los proyectos especiales que se encaraban. Fue un muy buen *background* para formarme en lo que me ocupa ahora, que es la gestión cultural, que me fascina.

Estamos muy contentas con que la dirección de la revista esté a cargo de Eliana de Arrascaeta y María Sáenz Quesada. Estoy monitoreando a esa hermana menor que, creo, ya tiene un cuerpo propio, una personalidad.

Y, bueno, en la vida uno a veces elige otros caminos y estoy muy satisfecha con lo que estoy haciendo ahora, pero adoro a *TH*.

Recién decías que arrancaste siendo la mano derecha de tu papá, su secretaria personal. Después, a lo largo de la revista, ¿seguiste teniendo un vínculo con él en cuanto a recibir su correspondencia y ayudarlo con cuestiones más operativas?, ¿o ya no volviste al ruedo?

FL: Desde el 87 hasta el 2009, que murió papá, trabajaba con él por las mañanas en la oficina de la calle Reconquista. Pedíamos las notas, lo ayudaba en su trabajo de investigador e historiador y recibía a colaboradores. Cuando papá fue secretario de Cultura yo le llevaba las cuestiones de la revista y las personales porque como él no estaba físicamente en Reconquista tenía su equipo aparte.

En rigor, la idea de empezar a trabajar con él fue de mi madre (la “Negra” Luna, fallecida en 2017), una mujer con personalidad propia que me decía que no había nada mejor para el Edipo que trabajar con mi padre.

Riojana tu madre, ¿no?

FL: Riojana, bellísima, con un cabeza que, creo, pocas feministas tienen hoy. Y eso que ella me dijo fue genial

porque me hizo conocer a mi padre desde otra perspectiva. Aunque también ambos tuvimos que adaptarnos el uno al otro y decir “esto se puede hacer, esto no”. Trabajar con él fue comprender que uno, para llegar a un objetivo, debe pasar previamente por diversos obstáculos. Y como historiadora, María lo sabe bien, uno debe pasar por distintos *tempos*.

En ese sentido tu madre fue importantísima a la hora de trabajar con tu padre.

FL: Sí, y siempre se lo decíamos. Fue el empujón que necesitaba, porque yo ya estaba estudiando Historia y me encantaba. Y vuelvo a decir, aprendí mucho de papá así como también de los colaboradores de la revista que eran muy intuitivos, eso me sorprendió. Hablaban de temas que tenían bien digeridos por —como dije— la intuición y el olfato periodístico. Hicieron camino y la verdad, fui una privilegiada.

Queríamos preguntarte, María, por tu artículo sobre Mariquita Sánchez de Thompson, porque vos fuiste precursora en el estudio de la historia de las mujeres. ¿Qué dificultades tuviste en cuanto al material bibliográfico al momento de abordar ese tema? Contanos cómo fue esa experiencia.

MSQ: Mi experiencia fue muy rica en el tema de la historia de las mujeres, que es uno de los aspectos que he tomado, pero no el único. Mi primer artículo de Mariquita lo leo ahora y no me gusta, pero curiosamente por la investigación me llamó inmediatamente un descendiente de Mariquita, de apellido Lezica, que tenía el archivo de ella, y me ofreció utilizarlo para realizar un trabajo más grande. Yo me aterró cuando vi todos los papeles juntos que se apilaban en las habitaciones en una casa antigua y pensé que no tenía la madurez necesaria para hacer una labor de esa envergadura. Años después, veinte

años después, pensé que el tema de Mariquita merecía una biografía en serio. El castigo fue grande porque aquel archivo había sido dividido en dos familias, pero finalmente, de a poquito, logré reconstruirlo sin ningún obstáculo porque me prestaron los papeles, incluso llegué a tenerlos en mi casa. Y más allá de alguna diferencia de ideas respecto de lo que escribí —que eso siempre pasa con los descendientes—, también tengo el recuerdo de una descendiente de Mariquita que me dijo: “Lo leí en cuatro días, lloré muchísimo y entendí muchos temas de mi familia que no había entendido”, de manera que fue una experiencia maravillosa. Lo mismo pasó con *Mujeres de Rosas*; ahí escribí sobre Encarnación Ezcurra y acerca de Manuelita. Fueron trabajos de más calidad, porque ya no eran mis primeros artículos. Años después Falucho (así le decíamos a Félix Luna) dirigió una colección sobre Mujeres Argentinas; años en los que eran varones los que dirigían las colecciones, pero las colaboradoras éramos todas mujeres. Y yo le dije: “Voy a elegir las mujeres de Rosas”, porque me pareció fácil. Reconozco que es el único libro que escribí en unos pocos meses porque ya tenía un poco adelantado y había bastante material interesante en el Archivo General de la Nación. La sorpresa con este libro es que todavía se sigue vendiendo, lo mismo que *Mariquita*, y que dio lugar a una cantidad de otros libros —algunos hubiera preferido que no se escriban porque no me gustaba el estilo— y a muchísima prensa, sobre todo porque al tomar a las mujeres de Rosas no tomé solamente a Manuelita o a su mujer Encarnación sino también a su madre y a Eugenia Castro, su amante. Finalmente pude publicar, tiempo después, cartas de doña Eugenia Castro a Rosas en el exilio y de su hija que creo son un aporte importante para ver un poco lo que era la segunda familia. Deja ver esas sociedades de apariencia rígida pero mucho más libres internamente de lo que suponemos.



¡Qué atrevida Mariquita, esos temas, por favor!

MSQ: (Se ríe) Te puedo asegurar que no nos parecieron temas atrevidos. Fueron libros muy bien recibidos, con gran venta y que siguen circulando. Para mí fue también muy interesante otra de las historias de *Mujeres de Rosas*, la de una amiga de él que finalmente convivió con un deán de la Catedral. Fue bastante novedosa, pero como te dije, no hubo ningún inconveniente.

Respecto de las biografías que fuiste escribiendo, Félix Luna en varias entrevistas comentaba que sus primeros libros, como el de Alvear o el de Yrigoyen, tenían un tinte más apasionado, más militante, y que encontró a lo largo de su carrera una mayor objetividad a la hora de abordar los estudios, como el de El 45. ¿Vos también sentís, María, que como historiadora fuiste ganando una mayor capacidad de objetividad y distanciamiento del objeto?

MSQ: Sí. En el caso de Félix Luna coincido con su opinión, sus biografías de Alvear e Yrigoyen formaban parte de su militancia en la Juventud Radical durante los años del peronismo en los que era duramente opositor. Yo creo que Luna se convierte en gran historiador cuando escribe *Perón y su tiempo*, cuando escribe *Ortiz*, cuando escribe *Roca*, donde se pone en distintas perspectivas para mirar a figuras que son ajenas a su activa militancia política. Cuando se desprende, sin desprenderse, de su experiencia. Lo hemos charlado con él, nadie puede ser totalmente objetivo pero sí totalmente honesto donde se trabaja. En mi caso, no escribí como militante política. En los libros míos, si bien tengo una definición política (he sido secretaria de Cultura de la Ciudad en su primer gobierno autónomo), en general he tratado de despojarme buscando siempre la mirada del otro y la posición del otro. En libros muy polémicos como *La Libertadora* y *La primera presidente, Isabel Perón*, abordé ya con mucha más experiencia que en la época de *Mariquita* y *Mujeres de Rosas* temas muy complejos de nuestro pasado. Lo mismo en el libro que próximamente voy a publicar que es sobre 1943. Trato de tener una mirada lo más amplia posible sobre épocas conflictivas.

¿Sentís que es difícil abordar de manera más objetiva temas actuales o que tienen eco en la actualidad, en la coyuntura o en la opinión pública?

MSQ: Yo creo que es más difícil pero también muy atractivo. Es decir, cuando uno toma un tema complejo y no tan lejano, como puede ser 1943 o 1973, y encuentra materiales que no se han trabajado, aporta su propia mirada y es realmente interesante.

Cuando hice el libro *La primera presidente* recurrí a testimonios de muy distintas personas: sindicalistas,

políticos e intelectuales de una tendencia y de otra (yo no estaba vinculada al peronismo de esa época). El otro día me vino a visitar la hija de uno de los protagonistas de esos días, de los días de Cámpora, y me dijo que mi libro era muy importante porque menciono temas que nadie había mencionado. Es que yo interrogué a personas de segunda o tercera línea. El gran protagonista le cuenta a uno la historia como le parece para quedar bien, pero el testigo que estaba ahí y no era tan importante cuenta cosas mucho más ciertas.

María, vos estabas involucrada con el archivo en sus primeros años y después se incorporó Felicitas con la tarea de la investigación gráfica. Cuéntenos un poco esa experiencia.

MSQ: Respecto de la producción de la revista, con lo único que colaboré desde siempre fue con el aporte de ilustraciones de libros que estaban en casa pero no en el archivo. Yo traía libros antiguos e ilustrados de la colección de mi padre.

FL: Respecto al archivo, podemos destacar que hace cincuenta años, en sus comienzos, era un núcleo muy pequeño porque lo primordial era asentarse en el mercado. En ese entonces estaban papá (que era el que armaba las notas, las escribía, las reescribía, pedía los colores de las ilustraciones, etc.), la secretaria, la imprenta y nadie más. MSQ: Algo muy importante es el hecho de que Luna reescribía las notas. Tenía un gran estilo, era realmente extraordinario. Si uno lee *Los caudillos* y otras obras no puede creer lo bien escritos que están. Le llegaban notas bastante regulares y él las reescribía, lo cual le daba un tono distinto. Era un trabajador incansable.

FL: Con María siempre nos reíamos porque no solo era un gran trabajador sino que tenía un excelente olfato periodístico. Por ejemplo, cuando había que hacer notas de 3000 caracteres, las escribía en lápiz negro, las pasaba en su Olivetti y eran 2999 caracteres, y a María y a mí nos daba mucha envidia. La idea de toda esa etapa artesanal de los comienzos, en donde eran pocos y se reescribía mucho, fue trabajar con el criterio de que toda historia sí o sí tenía que estar ilustrada, que era la diferencia con respecto a otras publicaciones de la época. Papá se quedaba con el archivo fotográfico de todas las notas que llegaban ilustradas: se diseñaban las notas, se mandaban a imprenta y las fotos quedaban. Entonces Maricel Flores, que era su secretaria, ponía, por ejemplo, "Petiso Orejudo" en un sobre donde se guardaban esas ilustraciones; así, intuitivamente se fue armando ese archivo.

Así, se fue creando este *corpus* documental, que también abarca los libros de registro de cuando se pagaban las colaboraciones, un aspecto también muy novedoso en su

época. Todos sosteníamos eso a rajatabla: aunque sea poco, y a veces tardíamente, pero el trabajo intelectual había que retribuirlo. Entonces, todas esas cosas, la tapa con un título canchero, que impactara, bien ilustrada, fueron los puntos que hicieron que *TH* se consolidara a través de cincuenta años. Hay que pensar que la revista surge en 1967, época de pleno Onganiato, en la que casi no había revistas de historia. Había alguna que otra revista, por ejemplo papá venía de dirigir la revista *Folklore* y ahí es cuando Honegger (que era el dueño de la imprenta) le ofrece hacer una revista de historia. En ese entonces, que no se podía hacer política, hacer historia daba cabida a que muchos espíritus que eran militantes o historiadores pudieran escribir. A su vez, debía ser una revista que se sostuviera económicamente, por lo tanto, si estaba mal editada o era un producto de mala calidad iba a caer como tantas revistas. Lo que sí sabíamos es que el que te avalaba y te daba la fortaleza de seguir mes a mes era el público, porque era el público el que te decía, por ejemplo, “me gusta esta nota de los crotos en Argentina”, o “me gusta esta nota de la masonería”, como te podía decir “no me gusta esta edición” y no se vendía, y teníamos un sobrante de revistas que era complejo para las ediciones posteriores y para la economía de una publicación independiente.

MSQ: A veces era doloroso, porque yo me acuerdo, por ejemplo, una nota que a mí me encantaba sobre las mulas que a nadie le gustó, pero visto desde ahora, en la colección de la revista, son notas muy importantes que por ahí en el quiosco no lucían. Hay temas y temas. Temas que son de fondo, como puede ser el caso del comercio de mulas para la economía de las provincias del Litoral y del Norte, que a lo mejor el lector en el momento lo ve y no le interesa, pero para el lector que ya va a la colección es otra cosa.

Entonces, en estos primeros años del archivo prevaleció un trabajo más intuitivo en el que el equipo iba armando los sobres, y vos, Felicitas, te incorporaste a trabajar en la investigación gráfica en 1987, trabajando veinte años con el inventario.

FL: Claro, cuando yo empiezo a trabajar en la revista, primero como secretaria, papá me dice: “Mirá, Feli, ¿por qué no empezás a ver cómo está el archivo?”. Entonces tenía que fijarme que los sobres estuvieran bien, ver el material y luego reclasificarlo. Los empecé a datar, porque a mí todo lo que es conservación y políticas de preservación de documentos e imágenes siempre me pareció interesante y fue mi camino.

Ese archivo, que comenzó en el 67, a lo largo del tiempo se fue nutriendo porque, por ejemplo, había muchos colaboradores del interior que mandaban sus fotos.

Fue cambiando también el soporte y ya no era solo foto en papel sino también en soporte digital. Muchos colaboradores aportaban no solo imágenes fotográficas sino también, por ejemplo, algún grabado que te podía mostrar cómo era Londres en la época de las invasiones inglesas, o bien una caricatura. Esto demuestra que se puede contar la historia no solo desde la nota en sí sino también con imágenes, grabados, alguna caricatura, recuadros y notas de color, etc. Insisto en el hecho de que es una revista de divulgación histórica, una combinación que es muy compleja, por eso María o papá reescribían las notas porque a veces tenían un tono muy periodístico o muy historiográfico y era una publicación que debían poder leer desde un policía hasta un académico de la historia, y que sintieran que esa nota les servía, les aportaba y les clarificaba. Ese era el lema desde los inicios: la divulgación de la historia para todos.

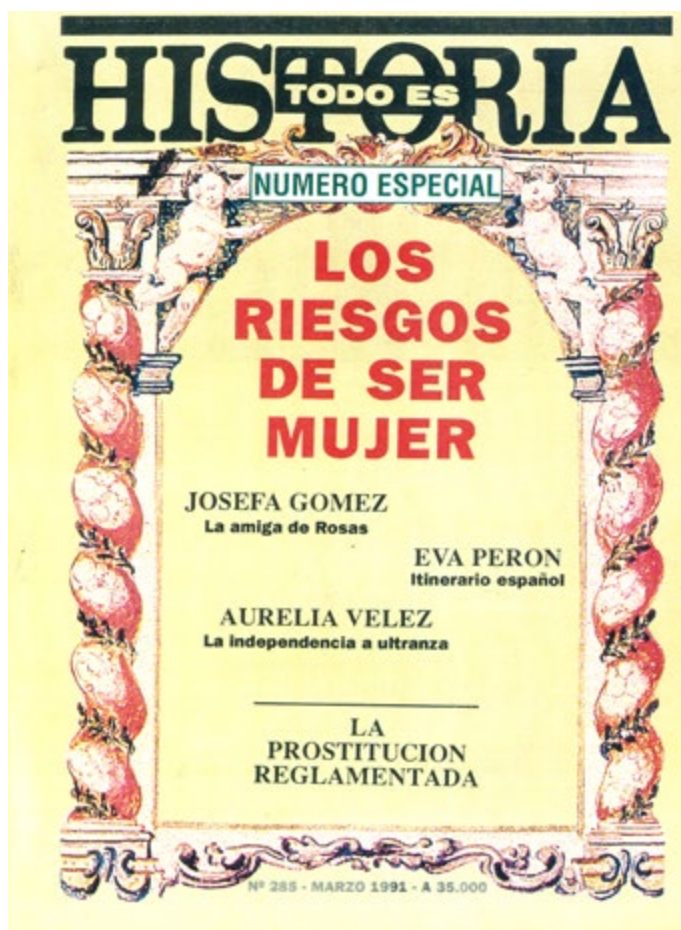
MSQ: Exacto, la podían leer una persona común y un académico, pero también podía colaborar un académico importante, como Enrique Barba o el padre Furlong, o un recién egresado si era serio lo que mandaba, o alguien desconocido que en una provincia mayor quizá no había tenido la oportunidad de llegar a un medio de difusión nacional.

Es interesante el tema de las imágenes, porque no solo ilustran sino que también construyen sentido. Incluso pueden resignificar un texto. ¿Cómo era la selección de fotos para un artículo? ¿Quién lo proponía? ¿El colaborador? ¿Ustedes? ¿Hubo conflictos en torno a la elección?

MSQ: A mí el tema de que la nota fuese ilustrada me gustó desde siempre porque desde chiquita miraba libros de arte, de ilustraciones. De manera que buscar las ilustraciones para mis notas y también para las ajenas fue un entretenimiento. No creo que haya habido algún conflicto por alguna foto salvo que tuviese un epígrafe mal hecho, cosa que ha pasado.

FL: Pero volviendo un poco a lo que hablábamos recién, en realidad cuando editábamos las notas muchas veces los colaboradores no estaban porque era gente del interior. Entonces, el mismo criterio que se usaba para la nota, que podía a veces no coincidir con el del autor —aun así la nota debía publicarse por una cuestión, como decía María, de honestidad intelectual y de un buen manejo de fuentes—, se usaba para las imágenes, que no siempre eran fáciles de conseguir. Uno debía buscar, por ejemplo, cuarenta para publicar solo veinte.

MSQ: Eso es cierto, escaseaban las imágenes. No las del siglo XX, pero sí por ejemplo las de la época colonial, que uno entonces tendía a repetir, o de la época de



los próceres cuyos retratos son arbitrarios. Si se hace una nota sobre Dorrego, por ejemplo, mucho no tenés para inventar. Siempre hay que estar atento buscando imágenes. De repente, encontrás una distinta y, claro, es una gran alegría.

Eso demuestra la importancia que tiene el archivo gráfico que fueron armando.

FL: Claro. Y en los noventa, cuando la revista ya estaba más consolidada y yo más abocada a mi participación en ella, íbamos con un fotógrafo y buscábamos otros materiales para ilustrar las notas. O íbamos a los museos, a archivos o a centros que eran menos conocidos que el Archivo General de la Nación. Todo eso sumó a ese archivo fotográfico.

Pero quiero decir una cosa. Así como cometimos el error de repetir epígrafes mal hechos, también, por otro lado, ya teníamos hecho el ojo para ir sumando información a las fotos. En un momento tuvimos como secretarios de redacción a hombres de historia como Gregorio Caro Figueroa y Emilio Corbière. Con ellos, el epígrafe y el mensaje de la foto eran más largos. Creo que lo esencial fue, a través de estos procedimientos, encontrarle la voz a la fotografía.

MSQ: Claro, el epígrafe debe ser sobrio pero a la vez informar los temas claves a tratar, y eso no se logra siempre pero es un ejercicio.

¿Y cuándo terminaron el último sobre?

FL: Nunca, porque eso es como en la vida, siempre se van agregando nuevas cosas. Por ejemplo, llegan personas que donan sus archivos fotográficos y hay que ponerse a ordenar todo ese material.

En cuanto a las tapas, creo que también tuvimos grandes logros porque hubo un “tapista” increíble, Eduardo Ruiz, y también tapas que se pensaron con un criterio muy moderno. Después Pablo Ravasquino. Para la revista, la imagen tenía un realce propio.

(Dirigiéndose a MSQ) ¿Te acordás de la tapa de Juan B. Justo que hicimos mal porque lo confundimos con Lisandro de la Torre? Yo me quería morir. La foto estaba mal clasificada y se nos pasó el error. Fue la única tapa que hicimos mal y tuvimos que poner una fe de erratas.

MSQ: Los últimos números en internet tienen unas tapas fantásticas. Se ha logrado mantener el estilo con mucha fuerza.

FL: Y lo novedoso del formato digital es que nos permite ponerle color a las páginas, no solo ya a la tapa como en el caso de la edición en papel. Lo que pasa con el color es que es caro y por ese motivo decidimos no usarlo en la versión impresa para evitar quebrar, ya que *TH* es una revista mensual. Yo creo que si funcionamos es porque tenemos una estructura bien armada.

¿Les pasó que alguien quisiera consultar el archivo de la revista?

FL: Sí, como las notas que las ofrecíamos en Viamonte 773.

Hablemos del éxito editorial de la revista. Félix Luna siempre decía que en los sesenta había ya un público ávido de leer historia. De hecho, había varios libros de historia, especialmente de la historia argentina, que ya habían sido best seller. ¿Creen que tiene que ver con la idiosincrasia argentina el interés por la historia nacional o más bien es un fenómeno que se da en cualquier parte? ¿Y por qué una revista de historia de hace cincuenta años aún hoy sigue teniendo un público?

MSQ: Es difícil la respuesta porque, en rigor, la revista tomó como modelo a las revistas francesas (*Le Miroir*, por ejemplo). Pero lo que sí es cierto es que, dentro de nuestro continente, es un caso especial por la cotidianidad y la originalidad, y ese cruce entre periodismo e historia de investigación creo que fue lo que le dio ese estatus. Ese sello inconfundible se lo dio Luna por su propia formación dentro del periodismo y, luego, dentro de la investigación histórica. Además de sumar la historia reciente que ahora es tema común, o la historia de las mujeres o la de la gente sin historia. En definitiva, todos esos temas que, con el tiempo, se han ido incorporando a la historiografía

en forma bastante técnica. El mensaje permanente de nuestra revista es que todo aquel que egresa de la carrera de Historia no tiene por qué ser un especialista sino que puede ser un gran comunicador.

En cuanto a públicos, los hemos tenido diversos. Por ejemplo, en la primera época, con *La Patagonia rebelde* o *La Patagonia trágica*, la revista, con los textos de Osvaldo Bayer, se convirtió en un boom porque tocaba cuestiones que jamás habían llegado al público. Pero luego ha sido más difícil cuando no hemos tratado temas tan controversiales como ese. Pero siempre se encuentran asuntos nuevos para abordar. Y esto es algo que da mucha confianza en el futuro de este tipo de trabajos. Siempre en ese cruce: historia, periodismo, interés popular, nuevos temas y nuevos abordajes. La sección “Entonces la mujer”, dirigida durante años por Mabel Bellucci y en la que muchos colaboramos, fue realmente pionera. Más adelante, cuando ya la mujer estaba más fortalecida (no me gusta la palabra “empoderada”), no tenía sentido seguir con esa sección.

¿Mabel Bellucci consultaba el archivo gráfico u otros archivos, tenía sus propios documentos o de qué manera trabajaba?

MSQ: Me da la impresión de que consultaba diferentes revistas anarquistas, pero no estoy segura.

Porque la mayor parte del archivo gráfico es material sobre varones. Muchas veces se dice que las mujeres no están en los documentos.

MSQ: Las mujeres estamos en los documentos, lo que pasa es que hay que buscarlos. Mucho se encuentra en los archivos judiciales, eso es muy interesante. Silvia Mallo en la provincia de Buenos Aires fue pionera sobre mujeres y violencia, las denuncias aparecen en archivos policiales. Por ejemplo en las cartas privadas, las mujeres durante siglos se comunicaron a través de la escritura, hay que rastrearlo, pero hay cantidades. ¿Por qué pude escribir sobre Mariquita? Porque ella dejó un archivo enorme y parte de este archivo, no todo, se conservó. Sobre mujeres de Rosas, lo mismo. Cuando no hay datos hay que buscar estos otros caminos. Lo mismo ocurre con la fotografía: los hombres están en las ceremonias oficiales, pero hay cantidades de otras ilustraciones de la vida intelectual, de la familia.

FL: En cuanto a las secciones, no solo estaba “Entonces la mujer”, también estaba “Desván de Clío”, había una sección para que los lectores se conectaran y escribieran, otra sobre Buenos Aires y el país... a cargo de un coordinador, para que fuera más fácil. Mabel Bellucci, por ejemplo, sabía que fulana estaba trabajando sobre Cecilia Grierson, otra otra sobre Julieta Lanteri, etc. La idea era conectar, buscar miradas, atacar archivos nuevos, no quedarse con refritos. Todas estas secciones disparaban



Felicitas Luna y María Sáenz Quesada junto a los entrevistadores.

búsquedas de colaboradores, de cosas nuevas. Y estas posibilidades de publicar despertaron las investigaciones.

¿Cuánto hubo de deliberado en enfocarse en historias regionales y cuánto se dio porque se acercó gente y surgió?

MSQ: Cuando Felicitas habla de Luna como alguien intuitivo, pasa por ahí. No vamos a hablar específicamente de historias regionales, pero la revista está abierta a todos los amigos de las provincias que quieran venir. En el caso de la mujer, creo que fue iniciativa de Corbière, que la invitó a Mabel a trabajar en eso, pero en todo lo demás —“Buenos Aires”, “vida cotidiana”, “bandidos”— fue el espíritu de tolerancia del creador. Hay que estar abiertos, no ser específicamente ni científicos ni populares.

FL: Papá era alguien democrático, la revista tenía que ser una tribuna. La pluralidad de las notas estuvo desde siempre. Recuerdo una edición ejemplar sobre si San Martín había sido mestizo: hubo una muy buena investigación de Hugo Chumbita que decía que sí y una muy buena investigación de Florencia Grosso que decía que no; estaban las dos miradas. Al margen de esto, a veces se incorporaban por una efeméride, a veces por temas que proponían y otras veces por temas de política en general, por ejemplo, a diez años de la caída de Isabel Perón. *Todo es Historia*, todo es plausible de ser contado. Fue un desafío validado por el público y por los anunciantes. Lo que nunca se perdió fue ese horizonte. Hicimos presentaciones en todos los espacios, desde la Biblioteca Nacional hasta centros masones.

¿Pueden señalar algunos hitos que hayan marcado etapas en la revista?

MSQ: El 83, la democracia, marca una etapa, porque ahí todos los diarios empezaron a escribir sobre la historia reciente y nosotros, con medios más limitados, tuvimos que competir. Fue un desafío importante. Quisiera recordar también que Emilio Perina fue un gran aporte para que la revista pudiera seguir adelante, desde lo económico y desde la promoción. Y uno de los desafíos ha sido construir un semillero de autores. Seguimos invitando a gente joven a colaborar y no corregimos sus aportes como hacía Luna, que en eso era un monstruo. Pero sí les vamos sugiriendo cambios, para que puedan defender mejor su nota.

FL: Sumaría dos aspectos. La incorporación de lo digital fue un desafío. Y otro desafío fue captar colaboradores de otras partes del mundo, por ejemplo Raanan Rein de Israel. Fue un aprendizaje. Así como en principio se consiguieron voces del interior, lo digital implicó conseguir voces del exterior que mandaban colaboraciones increíbles. Eso fue un cambio importante. *TH*, que al principio era mirada

por los académicos con cierta suspicacia, se convirtió con el tiempo en un lugar importante para publicar. Era un paso más en tu *cursus honorum*, en tu trayectoria, en tu formación de historiador. Pigna o De Titto, por ejemplo, empezaron así.

Hay un memo en el que se dan precisiones sobre cómo debían ser los artículos, las imágenes. ¿Qué rol tuvieron los editores para pensar la revista?

MSQ: Dudo que esa reglamentación haya seguido. Uno de los editores fue Rodolfo Terragno, pero siempre fuimos artesanales, para nada rígidos. Recuerdo que una vez teníamos que cerrar un número sobre Eva Perón, había que hacer una entrevista y pensamos en Loris Zanatta. Le escribí muerta de vergüenza y Loris me contesta: “¡Ay, *Todo es Historia*, ojalá tuviéramos algo así en Italia!”.

FL: Nosotros en la oficina de Viamonte hacíamos atención al público. Un día viene un brasileño y dice: “Yo vengo a la Argentina por los sandwichitos de miga, a ver lindas mujeres y a comprar *Todo es Historia*”. En Brasil, como las revistas eran financiadas por bancos, muchas veces duraban pocos números. Durar cincuenta años es el milagro criollo.

Los orígenes de la revista fueron en el marco de una dictadura. ¿Cómo era hablar de historia en esos primeros años?

MSQ: Eso fue asumido desde el principio por Luna. No era lo mismo la dictadura de la llamada “Revolución Argentina” que la del “Proceso”. Sin embargo, el hecho de que la revista se ocupara de temas históricos le permitió sobrevivir. Incluso en el 81 se hicieron ejemplares sobre el radicalismo, pero no se trataba de desafiar ni de hacer panfleto, sino de construir ciudadanía.

En términos de colaboradores, ¿la última dictadura implicó que algunos se tuvieran que ir del país?

MSQ: Terragno mismo, que fue editor, se tuvo que ir del país. Pero no hubo gente que tuviera que dejar de escribir. El único colaborador asesinado fue Rodolfo Walsh, que había escrito sobre los servicios secretos de Perón.

Hay cartas en el archivo de Bayer con Luna, ¿no?

FL: Eran compañeros en *Clarín*. Papá le dijo que escribiera para la revista, y se dio.

MSQ: Hay mucha gente que vino de la redacción de *Clarín* a la revista. Lo mismo de la Academia Nacional de la Historia.

¿Sufrieron censura?

MSQ: No, no hubo. Pero la revista se manejó con prudencia con respecto a temas de alto riesgo. Recuerdo un artículo

de Rodríguez Molas, que apareció en marzo del 83, sobre el tema de la tortura, que empezaba a conocerse en términos más amplios.

¿Cuáles fueron los números más vendidos?

MSQ: En el 79, sobre los cien años de la Conquista del Desierto. La nota más importante era “¿Quién se quedó con el desierto?”, de Silvia Mallo. Los números especiales dan mucho trabajo. Recuerdo uno: “¿Qué le dieron al país?”, donde escribieron muchos. Otro que recuerdo es “Los tres poderes”, en el que escribió Oyhanarte. También publicamos “Los nazis en la argentina”.

Para elegir los temas ¿tenían reuniones grupales?

MSQ: Sí, sí. Nos afectó mucho no poder pagar las notas, después de 2001. Cuando se paga, aunque sea poquito, se hace más fácil, es un aliciente. Me afectaba porque decía me gustaría pedirle una nota a tal y...

FL: Hay cartas del interior donde decían: “Ay doctor, recibí la paga con atraso...”.

MSQ: En el interior había aficionados que sabían una barbaridad sobre ciertos temas...

¿Se fue modificando el lector de la revista con los años?

MSQ: No, gente con mirada y mente abierta, distinta extracción social, público variopinto.

FL: Cuando hicimos estudio de público para saber quién nos leía, nos desorientó, porque era una franja etaria diversa y también diverso el nivel social, el nivel educativo. Igual creo que el público está variando. Las notas en los últimos años se hicieron más cortas, no más de 10 o 12 páginas y antes eran de 16. Igual son notas de divulgación histórica, tienen que tener extensión de *paper*.

MSQ: Hay un principio que se tuvo siempre: en cada edición debe haber una nota que quede, que tenga peso por sí misma. Que haya una investigación de peso sigue siendo importante.

¿Cómo piensan la revista para los próximos años?

FL: Dinámica, subtitular, recuadros, notas de color. Pero el desafío es conseguir avisadores, en los noventa estaba Emilio Perina que tenía un equipo. Había una Argentina receptiva, empresas de productos petroleros o electromecánicos que nos apoyaron durante años, porque consideraban a *Todo es Historia* una patriada.

MSQ: Continuidad y cambio. Continuidad de ciertos valores y principios que nos constituyeron y cambios para adaptarse al público, lo más breve.



Presidente de la Nación

Mauricio Macri

Ministro de Educación, Cultura, Ciencia y Tecnología

Alejandro Oscar Finocchiaro

Secretario de Cultura

Pablo Avelluto

Directora de la Biblioteca Nacional

Elsa Barber

Directora General de Coordinación Bibliotecológica

Elsa Rapetti

Director General de Coordinación Administrativa

Néstor Luque

Director General de Acción Cultural y Diseño

Ezequiel Martínez

Coordinación de la muestra: Florencia Ubertalli. **Investigación y compilación:** Nicolás Reydó y Florencia Ubertalli. **Diseño:** Ximena Yamila Escudero. **Edición:** Área de Publicaciones. **Montaje:** Valeria Agüero, Susana Fitere, Andrés Girola y Nicolás D'Argenio. **Producción:** Martín Blanco, Pamela Miceli y Gabriela de Sa Souza. **Dirección de Gestión y Políticas Culturales:** Natalia Garnero.

Autores invitados: Martha Rodríguez, Omar Acha, José María Lezcano, Georgina Ferrara y Daniela Rodríguez.

Áreas de la Biblioteca Nacional que intervinieron en la muestra y el catálogo: Dirección de Investigaciones, Diseño Gráfico, Publicaciones, Dirección de Gestión y Políticas Culturales, Departamento de Exposiciones y Visitas Guiadas, Departamento de Archivos, Hemeroteca, Libros, Preservación, Prensa y Comunicación, Producción, Relaciones Públicas, Sonido e Iluminación, Infraestructura y Servicios.



Biblioteca Nacional
Mariano Moreno